Giorgio Agamben

¿En qué punto estamos?

La epidemia como política

Traducción de María Teresa D'Meza
y Rodrigo Molina-Zavalía

filosofía e historia

Adriana Hidalgo editora

Descarga Libros PDF y EPUB gratis en

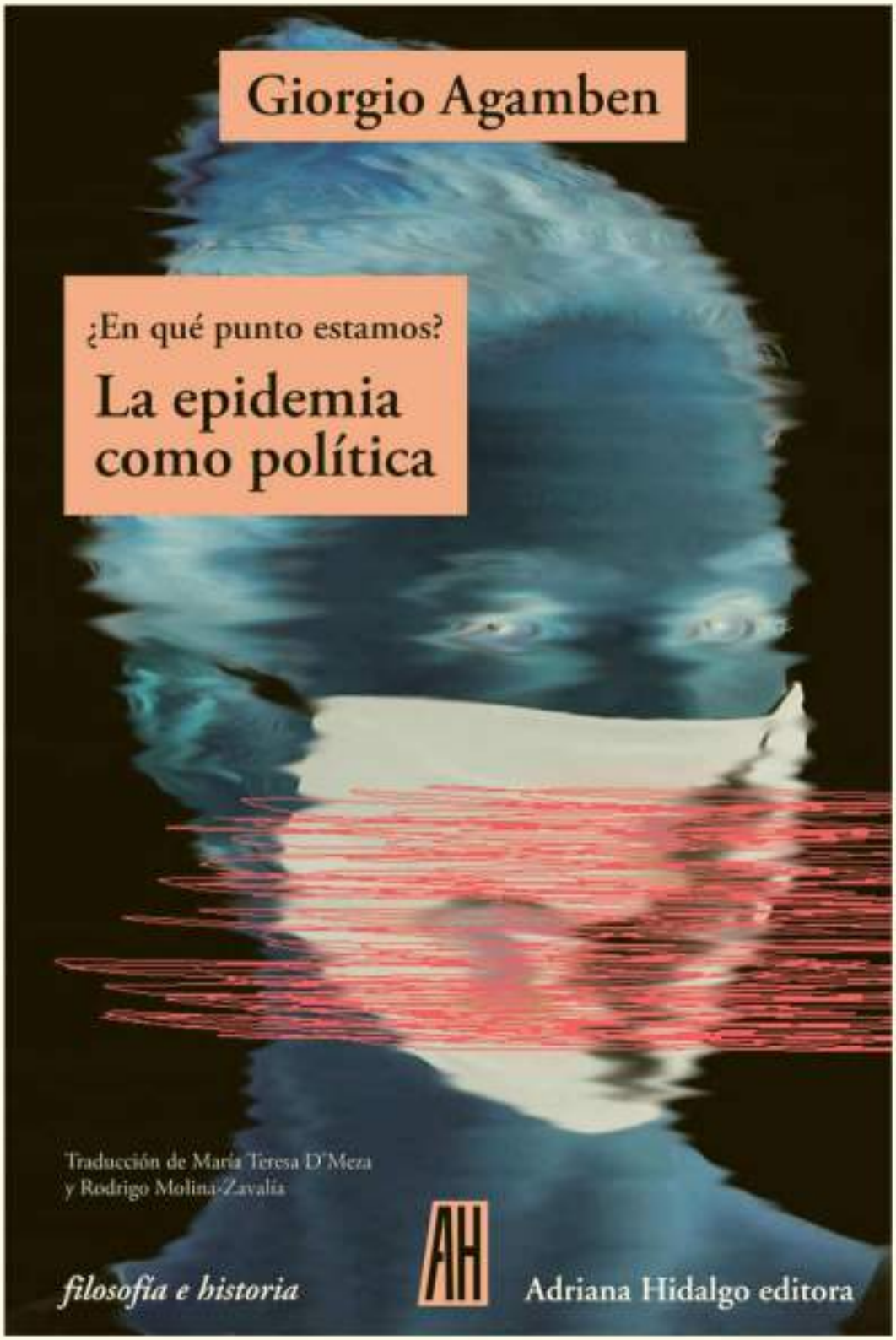
Librospdfgratismundo

Click Aquí!

Librospdfgratismundo

Librospdfgratismundo Descarga libros pdf y epub gratis sin registrarse en librospdfgratismundo.com

Los mejores libros sin registrarse!


Giorgio Agamben
¿En qué punto estamos?
La epidemia como política
Traducción de María Teresa D'Meza y Rodrigo Molina-Zavalía
AH
filosofía e historia
Adriana Hidalgo editora

Giorgio Agamben

¿En qué punto estamos?
La epidemia como política

Traducción de Rodrigo Molina-Zavalía y María Teresa D'Meza

Adriana Hidalgo editora

ÍNDICE DE CONTENIDO

Portadilla

Legales

Advertencia

1. La invención de una epidemia

2. Contagio

3. Aclaraciones

4. ¿En qué punto estamos?

5. Reflexiones sobre la peste

6. La epidemia muestra que el estado de excepción se ha vuelto regla

7. Distanciamiento social

8. Una pregunta

9. La vida desnuda

10. Nuevas reflexiones

11. Sobre lo verdadero y sobre lo falso

12. La medicina como religión

13. Bioseguridad y política

14. Polemos epidemios

15. Réquiem por los estudiantes

16. Dos vocablos infames

17. El derecho y la vida

18. ¿Qué es el miedo?

Agamben, Giorgio

¿En qué punto estamos? La epidemia como política / Giorgio Agamben. 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2020
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
Traducción de: Rodrigo Molina-Zavalía; María Teresa de Meza Pérez.
ISBN 978-987-8388-04-5

1. Filosofía Contemporánea. I. Molina-Zavalía, Rodrigo, trad. II. Meza Pérez, María Teresa de, trad. III. Título.
CDD 195

filosofía e historia

Título original: *A che punto siamo? L' epidemia come politica*
Traducción: Rodrigo Molina-Zavalía y María Teresa D'Meza

Editor: Fabián Lebenglik
Diseño: Gabriela Di Giuseppe
Producción: Mariana Lerner

1ª edición

© 2020 Quodlibet s.r.l.
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2020

www.adrianahidalgo.com

ISBN 978-987-8388-04-5

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito de la editorial. Todos los derechos reservados.

Los textos recogidos en este libro, si no se indica lo contrario, fueron publicados por primera vez en la columna "Una voz" del sitio web www.quodlibet.it.

Advertencia

La nave se hunde, y nosotros discutiendo acerca de su carga.

San Jerónimo

He recopilado estos textos escritos durante los meses del estado de excepción debido a la emergencia sanitaria. Se trata de intervenciones concretas, en ocasiones muy breves, que buscan reflexionar sobre las consecuencias éticas y políticas de la así llamada pandemia y, a la vez, definir la transformación de los paradigmas políticos que las medidas de excepción iban delineando.

Transcurridos más de cuatro meses desde el inicio de la emergencia, en efecto es momento de considerar a partir de una perspectiva histórica de mayor amplitud los acontecimientos de los cuales hemos sido testigos. Si los poderes que gobiernan el mundo han decidido echar mano del pretexto de una pandemia –a esta altura no importa si verdadera o simulada– para transformar de arriba abajo los paradigmas de su gobierno de los seres humanos y de las cosas, eso significa que esos modelos se encontraban, para esos mismos poderes, en una progresiva e inexorable decadencia y que ya no se adecuaban a las nuevas exigencias. Así como ante la crisis que convulsionó al Imperio en el siglo III, Diocleciano y luego Constantino emprendieron reformas radicales de las estructuras administrativas, militares y económicas

que culminaron en la autocracia bizantina, de igual modo los poderes dominantes han decidido abandonar sin remordimientos los paradigmas de las democracias burguesas, con sus derechos, sus parlamentos y sus constituciones, para reemplazarlas por nuevos dispositivos cuyo propósito apenas podemos entrever, probablemente todavía no del todo clara ni siquiera para aquellos que están trazando sus líneas rectoras.

Sin embargo, lo que define la Gran Transformación que esos poderes intentan imponer es que el instrumento que la ha vuelto formalmente posible no es un nuevo canon legislativo, sino el estado de excepción, esto es, la mera suspensión de las garantías constitucionales. En esto la transformación presenta puntos de contacto con lo que sucedió en Alemania en 1933, cuando el neocanciller Adolf Hitler, sin abolir de modo formal la Constitución de Weimar, declaró un estado de excepción que se prolongó durante doce años y que de hecho anuló las normas constitucionales que en apariencia seguían vigentes. Mientras que en la Alemania nazi fue necesario a tal fin desplegar un aparato ideológico explícitamente totalitario, la transformación de la cual somos testigos opera a través de la instauración de un mero terror sanitario y de una suerte de religión de la salud. Aquello que en la tradición de las democracias burguesas era un derecho ciudadano a la salud se invierte, sin que las personas parezcan darse cuenta de ello, para volverse una obligación jurídico-religiosa que ha de ser cumplida a cualquier precio. De cuán alto

pueda ser ese precio hemos podido tomar medida ampliamente, y con toda probabilidad continuaremos haciéndolo cada vez que el gobierno lo considere necesario.

Podemos llamar "bioseguridad" al dispositivo de gobierno que resulta de la conjunción entre la nueva religión de la salud y el poder estatal con su estado de excepción. Es probable que la bioseguridad sea el dispositivo más eficaz de todos los que hasta ahora ha conocido la historia de Occidente. La experiencia ha demostrado en efecto que cuando lo que está en cuestión es una amenaza a la salud, los seres humanos parecen estar dispuestos a aceptar limitaciones de la libertad que no habían soñado que podrían tolerar, ni durante las dos guerras mundiales ni bajo las dictaduras totalitarias. El estado de excepción, que se ha extendido hasta el 31 de enero de 2021, será recordado como la más larga suspensión de la legalidad en la historia del país, implementada sin que los ciudadanos y sobre todo sin que las instituciones parlamentarias hayan tenido nada que objetar. Tras el ejemplo chino, precisamente Italia ha sido para Occidente el laboratorio donde la nueva técnica de gobierno ha sido experimentada en su forma más extrema. Y es probable que cuando los futuros historiadores esclarezcan qué estaba realmente en juego en la pandemia, este período aparezca como uno de los momentos más vergonzosos de la historia italiana y aquellos que lo han conducido y gobernado, como irresponsables sin el menor escrúpulo ético.

Si el dispositivo jurídico-político de la Gran Transformación es el estado de excepción, y su dispositivo religioso, la ciencia, en el plano de las relaciones sociales aquella ha confiado su eficacia a la tecnología digital, que, como ya es evidente, conforma un sistema con el "distanciamiento social", que define la nueva estructura de las relaciones entre los seres humanos. En cada ocasión, las relaciones humanas deberían evitar hasta donde sea posible la presencia física y desarrollarse, como de hecho ya ocurría a menudo, a través de dispositivos digitales cada vez más eficaces e invasivos. La nueva forma de la relación social es la conexión, y quien no se encuentra conectado tiende a ser excluido de todo vínculo y condenado a la marginalidad.

Lo que constituye la fuerza de la transformación en curso es asimismo, como sucede con frecuencia, su debilidad. La propagación del terror sanitario ha necesitado de un aparato mediático acorde y sin fallas, que no será fácil mantener intacto. La religión médica, como toda religión, tiene sus herejías y sus disensos, y ya diferentes voces autorizadas han puesto en entredicho la realidad y la gravedad de la epidemia, que no podrán ser indefinidamente mantenidas mediante la difusión cotidiana de cifras carentes de todo peso científico. Y es probable que los primeros en tomar conciencia de ello sean precisamente los poderes dominantes, que, si no presintiesen que se hallan en peligro, sin duda no habrían recurrido a dispositivos tan extremos e inhumanos. Ya desde hace décadas opera una progresiva pérdida de

legitimidad de los poderes institucionales, a la que estos no han sabido poner freno a no ser a través de la producción de una perpetua emergencia y la necesidad de seguridad que esta genera. ¿Durante cuánto tiempo más y de acuerdo con qué modalidades podrá ser prolongado este actual estado de excepción? Lo cierto es que harán falta nuevas formas de resistencia, en las cuales deberán comprometerse sin reservas aquellos que no renuncian a pensar una política por venir, que no tendrá la forma obsoleta de las democracias burguesas ni la del despotismo tecnológico-sanitario que las está sustituyendo.

1. La invención de una epidemia

IL MANIFESTO, 26 DE FEBRERO DE 2020

Ante las frenéticas, irracionales y por completo injustificadas medidas de emergencia por una supuesta epidemia debida al coronavirus, resulta necesario partir de las declaraciones del Consiglio Nazionale delle Ricerche [Consejo Nacional de Investigación], según las cuales no sólo "no existe una epidemia de SARS-CoV2 en Italia", sino que de cualquier manera "la infección, conforme los datos epidemiológicos disponibles hoy sobre decenas de miles de casos, causa síntomas leves/moderados (una especie de gripe) en el 80-90% de los casos. En el 10-15% de los casos puede desarrollarse una pulmonía, cuyo curso es, no obstante, benigno en su absoluta mayoría. Se estima que sólo el 4% de los pacientes requiere recuperación en cuidados intensivos".

Si esta es la situación real, ¿por qué los medios de comunicación masivos y las autoridades se dedican a difundir un clima de pánico, provocando un auténtico estado de excepción, con graves limitaciones de los movimientos y una suspensión del funcionamiento normal de las condiciones de vida y de trabajo en regiones enteras?

Dos factores pueden contribuir a explicar este comportamiento tan desproporcionado. En primer lugar, se manifiesta una vez más la creciente tendencia a emplear el estado de excepción como paradigma

normal de gobierno. El decreto-ley aprobado con prontitud por el gobierno "por razones de salud y de seguridad pública" en efecto se traduce en una verdadera militarización "de los municipios y áreas donde al menos una persona dé positivo sin conocer la fuente de transmisión o aquellos en los cuales haya un caso no atribuible a una persona proveniente de un área ya infectada por el virus". Una fórmula tan vaga e indeterminada permitirá extender con rapidez el estado de excepción a todas las regiones, puesto que es casi imposible que no se verifiquen casos en otros sitios. Consideremos las graves limitaciones a la libertad previstas por el decreto: a) prohibición de alejarse del municipio o del area concerniente a todos los individuos que allí se encuentren; b) prohibición de acceso al municipio o al área en cuestión; c) suspensión de manifestaciones o iniciativas de cualquier naturaleza, de eventos y de toda forma de reunión en un lugar público o privado, incluso de carácter cultural, recreativo, deportivo o religioso, aunque se desarrollen en espacios cerrados a los cuales el público tenga acceso; d) suspensión de los servicios educativos de la infancia y de las escuelas de todo tipo y nivel, así como de la asistencia a actividades escolares y de formación superior, a excepción de las actividades educativas a distancia; e) cierre al público de museos, instituciones y otros lugares culturales referidos en el artículo 101 del Código del Patrimonio Cultural y del Paisaje, conforme lo dispuesto en el Decreto Legislativo del 22 de enero de 2004, nº 42, así como la suspensión

de la efectividad de las disposiciones reglamentarias sobre el acceso libre y gratuito a esas instituciones y lugares; f) suspensión de todos los viajes educativos, tanto en Italia como hacia el extranjero; g) suspensión de los procedimientos de insolvencia y de las actividades de las oficinas públicas, sin perjuicio de la prestación de los servicios esenciales y de los servicios públicos; h) aplicación de la medida de cuarentena con vigilancia activa de los individuos que hayan tenido contacto estrecho con casos confirmados de la enfermedad infecciosa propagada.

La desproporción ante lo que en palabras de la CNR es una gripe común, no muy diferente de las que se repiten año a año, salta a la vista. Parecería que, agotado el terrorismo como causa de las medidas excepcionales, la invención de una epidemia puede ofrecer el pretexto ideal para extenderlas más allá de todo límite.

El otro factor, no menos inquietante, es el estado de inseguridad y miedo que evidentemente se ha expandido en los últimos años en las conciencias de los individuos y que se traduce en una verdadera necesidad de situaciones de pánico colectivo, a la cual la epidemia vuelve a ofrecer el pretexto ideal. Es así que, en un perverso círculo vicioso, la limitación de la libertad impuesta por los gobiernos se acepta en nombre de un deseo de seguridad que ha sido inducido por los mismos gobiernos que ahora intervienen para satisfacerlo.

2. Contagio

11 DE MARZO DE 2020

¡El contagiado! ¡Dale! ¡Dale! ¡Dale al contagiado!
Alessandro Manzoni, *Los novios*

Una de las consecuencias más inhumanas del pánico que por todos los medios se busca difundir en Italia con ocasión de la así llamada epidemia del coronavirus está en la idea misma de contagio, que constituye el fundamento de las medidas excepcionales de emergencia adoptadas por el gobierno. La idea, que era ajena a la medicina hipocrática, tuvo su primer precursor inconsciente durante las pestes que entre 1500 y 1600 asolaron algunas ciudades italianas. Se trata de la figura del contagiado,(1) inmortalizada por Manzoni tanto en su novela como en el ensayo *Historia de la columna infame*. Un "bando" milanés por la peste de 1576 lo describe así, e invita a los ciudadanos a denunciarlo:

> Habiendo llegado a oídos del gobernador que algunas personas con falso afán de caridad y para infundir terror y espanto al pueblo y a los habitantes de esta ciudad de Milán, y para excitarlos a algún tumulto, van ungiendo con untos, que llaman pestíferos y contagiosos, las puertas y cerrojos de las casas y las esquinas de los barrios de esa ciudad y otros sitios del Estado, so pretexto de llevar la peste a lo privado y a lo público, de lo cual

> resultan numerosos inconvenientes y no poca alteración entre las gentes, más aún para quienes con facilidad se persuaden de creer semejantes cosas, se hace saber a todos, cualquiera sea su calidad, estado, grado y condición, que, en el plazo de cuarenta días, se les entregarán quinientos escudos a quienes informen acerca de la persona o personas que han favorecido, ayudado o sabido de tal insolencia...

Mutatis mutandis, las recientes disposiciones (adoptadas por el gobierno con decretos que nos complacería –pero es una ilusión– que no fueran confirmados por el Parlamento en forma de leyes dentro de los plazos previstos) transforman de hecho a cada individuo en un potencial contagiado, exactamente de la misma manera que las disposiciones atinentes al terrorismo consideran de hecho y de derecho a cada ciudadano como un potencial terrorista. La analogía es tan clara que al contagiado en potencia que no cumple con las prescripciones se lo castiga con la prisión. La figura del portador sano o precoz, quien contagia a una multiplicidad de individuos sin que estos puedan defenderse de él, como uno podía defenderse del contagiado, es particularmente mal vista.

Aún más triste que las limitaciones de las libertades implícitas en las disposiciones es, en mi opinión, la degeneración de las relaciones entre los seres humanos que aquellas pueden producir. Quienquiera que sea

el otro, incluso un ser querido, no debemos acercarnos a él o tocarlo, y de hecho hay que poner una distancia entre nosotros y él; algunos dicen que esa distancia debe ser de un metro, pero según las últimas recomendaciones de los así llamados expertos debería ser de cuatro metros y medio (¡qué interesantes esos cincuenta centímetros!). Nuestro prójimo ha sido abolido. Es posible, dada la inconsistencia ética de nuestros gobernantes, que quienes dicten estas disposiciones se encuentren motivados por el mismo temor que pretenden provocar. Es difícil no pensar, sin embargo, que la situación que estas crean es exactamente aquella que nuestros gobernantes han tratado muchas veces de alcanzar: que de una buena vez se cierren las universidades y las escuelas, que las clases sólo se dicten *online*, que dejemos de reunirnos y hablar por razones políticas o culturales, que únicamente intercambiemos mensajes digitales y que, donde sea posible, las máquinas sustituyan todo contacto –todo contagio– entre los seres humanos.

---

1 En italiano la palabra es *untore*, que tiene una connotación activa y no pasiva como en "contagiado". Nos hemos apegado a la traducción de las versiones más establecidas de la novela de Alessandro Manzoni. En este libro la hemos traducido, según el caso, "contagiado" o "contagiador" [N. de los T.].

3. Aclaraciones

17 DE MARZO DE 2020

De acuerdo a las buenas prácticas de su profesión, un periodista italiano se ha aplicado a distorsionar y falsear mis observaciones acerca de la confusión ética a la cual la epidemia está arrojando al país, donde ya no se tiene consideración ni siquiera por los muertos. Así como no es relevante mencionar su nombre, tampoco vale la pena rectificar las previsibles manipulaciones. Quien así lo desee, puede leer mi texto anterior, "Contagio". Aquí prefiero publicar otras reflexiones, que, a pesar de su claridad, presumiblemente también serán falsificadas.

El miedo es un mal consejero, pero hace que aparezcan muchas cosas que se fingía no ver. Lo primero que a todas luces muestra la ola de pánico que ha paralizado al país es que nuestra sociedad no cree en otro cosa que en la vida desnuda. Es evidente que los italianos están dispuestos a sacrificar prácticamente todo, las condiciones normales de vida, las relaciones sociales, el trabajo, incluso las amistades, los afectos y las convicciones religiosas y políticas ante el peligro de enfermarse que, al menos por ahora, ni siquiera es estadísticamente tan grave. La vida desnuda –y el miedo a perderla– no es algo que una a las personas, sino que las ciega y las separa. Los demás seres humanos, como en la peste descrita por Manzoni, ahora son vistos sólo

como potenciales contagiadores que hay que evitar a toda costa y de quienes se debe mantener una distancia de al menos un metro. Los muertos –nuestros muertos– no tienen derecho a un funeral y no queda claro qué sucederá con los cadáveres de las personas a las que amamos. Nuestro prójimo ha sido borrado y es curioso que las iglesias callen al respecto. ¿En qué se convierten las relaciones humanas en un país que se acostumbra a vivir de este modo por un tiempo indefinido? ¿Y qué es una sociedad que no tiene otro valor sino la supervivencia?

Lo segundo, no menos preocupante que lo primero, que la epidemia muestra a ojos vista es que el estado de excepción, al cual los gobiernos nos han acostumbrado desde hace muchos años, se ha convertido de veras en la condición normal. Si bien en el pasado hubo epidemias más graves, a nadie se le había ocurrido declarar por ese motivo un estado de emergencia como el actual, que nos impide incluso desplazarnos. Tanto se han acostumbrado las personas a vivir en condiciones de crisis y emergencia perpetuas que no parecen darse cuenta de que su vida se ha reducido a una condición puramente biológica y ha perdido no sólo toda dimensión social y política, sino hasta humana y afectiva. Una sociedad que vive en un estado de emergencia perpetua no puede ser una sociedad libre. De hecho, vivimos en una sociedad que ha sacrificado la libertad en nombre de las así llamadas "razones de seguridad" y por esto se ha condenado a vivir en un perpetuo estado de miedo e

inseguridad.

No sorprende que a causa del virus se evoque la guerra. Las medidas de emergencia nos obligan a vivir, de hecho, bajo condiciones de toque de queda. Sin embargo, una guerra con un enemigo invisible que puede anidar en cualquier otro es la más absurda de las guerras. Es, en verdad, una guerra civil. El enemigo no está fuera, está dentro de nosotros.

Lo que preocupa no es tanto o no sólo el presente, sino sus secuelas. Así como las guerras han legado a la paz una serie de tecnologías nefastas, desde los alambrados de púas hasta las centrales nucleares, de igual modo es muy probable que se busque continuar, incluso después de la emergencia sanitaria, con los experimentos que los gobiernos no habían conseguido realizar antes: así, en las escuelas, en las universidades y en todo sitio público los dispositivos digitales sustituirán la presencia física, que quedará confinada, con las debidas precauciones, a la esfera privada y dentro de los hogares. Se trata, pues, nada menos que de la lisa y llana abolición de todo espacio público.

4. ¿En qué punto estamos?
(2)

20 DE MARZO DE 2020

¿Qué significa vivir en la situación de emergencia en que nos encontramos? Significa, sin duda, quedarse en casa, pero asimismo no dejarse dominar por el pánico que las autoridades y los medios masivos difunden de todas las maneras posibles y recordar que el otro ser humano no es sólo un contagiado y un potencial agente de contagio, sino antes bien nuestro prójimo, a quien debemos amor y ayuda. Significa, sin duda, permanecer en casa, pero también permanecer lúcidos y preguntarnos si la emergencia militarizada que ha sido proclamada en el país no es, entre otras cosas, también un modo de descargar en los ciudadanos la gravísima responsabilidad que los gobiernos incumplieron al desmantelar el sistema sanitario. Significa, sin duda, permanecer en casa, pero también hacer escuchar la propia voz y pedir que se devuelvan a los hospitales públicos los medios de los que han sido privados y recordar a los jueces que haber destruido el sistema sanitario nacional es un crimen infinitamente más grave que salir de las casas sin la declaración jurada de circulación.

Significa, por último, preguntarse qué haremos, cómo volveremos a vivir cuando la emergencia haya pasado, porque el país necesita volver a vivir,

independientemente de los pareceres sobre los cuales no se ponen de acuerdo ni los virólogos ni los expertos improvisados. No obstante, una cosa es cierta: no podremos simplemente volver a hacer todo como antes, no podremos, como hemos hecho hasta ahora, fingir que no vemos la situación extrema a la cual nos han conducido la religión del dinero y la ceguera de los administradores. Si la experiencia que hemos atravesado ha servido de algo, deberemos volver a aprender muchas cosas que habíamos olvidado. Ante todo deberemos observar de un modo diferente la tierra donde vivimos y las ciudades donde habitamos. Deberemos preguntarnos si tiene sentido volver a adquirir, como de seguro nos dirán que hagamos, las inútiles mercancías que la publicidad buscará imponernos como antes, y si no sería quizá más útil estar en condiciones de proveernos por nosotros mismos al menos algunas necesidades elementales, en vez de depender del supermercado para cualquier cosa. Deberemos preguntarnos si es justo subirnos nuevamente a los aviones para pasar las vacaciones en lugares remotos y si tal vez no es más urgente aprender a habitar de nuevo los sitios en que vivimos, a mirarlos con ojos más atentos. Porque no hemos perdido la capacidad de habitar. Hemos aceptado que nuestras ciudades y nuestras aldeas hayan sido transformadas en parques de diversiones para los turistas, y ahora que la epidemia los ha hecho desaparecer y las ciudades que habían renunciado a toda otra forma de vida se han reducido a no-lugares espectrales, debemos

comprender que era una elección errada, como casi todas las elecciones que la religión del dinero y la ceguera de los administradores nos han sugerido que hagamos.

Deberemos, en una palabra, plantearnos seriamente la única pregunta que cuenta, que no es, como hace siglos repiten los falsos filósofos, "¿de dónde venimos?" o "¿hacia dónde vamos?", sino simplemente: "¿en qué punto estamos?". Es esta la pregunta a la cual deberemos intentar dar respuesta, del modo en que podamos y en cualquier sitio que nos encontremos, pero en cualquier caso con nuestra vida y no sólo con las palabras.

---

2 Texto solicitado y luego rechazado por *Corriere della Sera*.

5. Reflexiones sobre la peste

27 DE MARZO DE 2020

Las siguientes reflexiones no se refieren a la epidemia, sino a lo que podemos entender a partir de las reacciones que esta suscita en los seres humanos. Es decir, se trata de reflexionar sobre la facilidad con que toda una sociedad ha aceptado sentirse apestada, aislarse en casa y suspender sus condiciones de vida normales, sus relaciones laborales, la amistad, el amor y hasta las convicciones religiosas y políticas. ¿Por qué no hubo protestas y oposiciones, como ciertamente era posible imaginar y como de ordinario sucede en estos casos? La hipótesis que me gustaría proponer es que de algún modo, aunque no fuese más que de manera inconsciente, la peste ya estaba allí y que, evidentemente, las condiciones de vida de las personas se habían vuelto tales que alcanzó con una señal repentina para que se presentaran como lo que ya eran, es decir, intolerables, precisamente como una peste. Y este, en cierto sentido, es el único dato positivo que puede extraerse de la situación actual: es posible que, más adelante, la gente comience a preguntarse si la forma en que vivía era la correcta.

Otro tema sobre el cual no es menos importante reflexionar es la necesidad de religión que la situación provoca. Indicio de ello es la terminología tomada del vocabulario escatológico, en el pertinaz discurso de los

5. Reflexiones sobre la peste

27 DE MARZO DE 2020

Las siguientes reflexiones no se refieren a la epidemia, sino a lo que podemos entender a partir de las reacciones que esta suscita en los seres humanos. Es decir, se trata de reflexionar sobre la facilidad con que toda una sociedad ha aceptado sentirse apestada, aislarse en casa y suspender sus condiciones de vida normales, sus relaciones laborales, la amistad, el amor y hasta las convicciones religiosas y políticas. ¿Por qué no hubo protestas y oposiciones, como ciertamente era posible imaginar y como de ordinario sucede en estos casos? La hipótesis que me gustaría proponer es que de algún modo, aunque no fuese más que de manera inconsciente, la peste ya estaba allí y que, evidentemente, las condiciones de vida de las personas se habían vuelto tales que alcanzó con una señal repentina para que se presentaran como lo que ya eran, es decir, intolerables, precisamente como una peste. Y este, en cierto sentido, es el único dato positivo que puede extraerse de la situación actual: es posible que, más adelante, la gente comience a preguntarse si la forma en que vivía era la correcta.

Otro tema sobre el cual no es menos importante reflexionar es la necesidad de religión que la situación provoca. Indicio de ello es la terminología tomada del vocabulario escatológico, en el pertinaz discurso de los

medios de comunicación, que, para describir el fenómeno, recurre obsesivamente, sobre todo en la prensa estadounidense, a la palabra "apocalipsis", y a menudo evoca de manera explícita el fin del mundo.

Es como si la necesidad religiosa, que la Iglesia ya no es capaz de satisfacer, buscara a tientas otro sitio donde establecerse y lo encontrara en la que de hecho se ha vuelto la religión de nuestro tiempo: la ciencia. Esta, como toda religión, puede producir superstición y miedo o, en cualquier caso, usarse para difundirlos. Nunca antes se había asistido al espectáculo, típico de las religiones en momentos de crisis, de opiniones y prescripciones diferentes y contradictorias, que van desde la posición herética minoritaria (aunque representada por prestigiosos científicos) de quienes niegan la gravedad del fenómeno hasta el discurso ortodoxo dominante que lo afirma y, sin embargo, a menudo diverge radicalmente en cuanto al modo de tratarlo. Y, como siempre en estos casos, algunos expertos o quienes se autodenominan tales logran asegurarse el favor del monarca, quien, como en los tiempos de las disputas religiosas que dividieron al cristianismo, toma partido según sus propios intereses por una u otra corriente e impone sus medidas.

Otro hecho que da que pensar es el evidente colapso de toda convicción y fe comunes. Se diría que los seres humanos ya no creen en nada, excepto en la existencia biológica desnuda que ha de salvarse a toda costa. Mas el miedo a perder la vida sólo puede fundar una

tiranía, el monstruoso Leviatán con su espada desenvainada.

Por esta razón –cuando se declare el fin de la emergencia, de la peste, si esto alguna vez llega a hacerse–, no creo que sea posible, al menos para aquellos que han mantenido un mínimo de lucidez, volver a vivir como antes. Y quizás este sea hoy el mayor motivo de desesperación, aunque, como se ha dicho, "sólo se nos ha dado la esperanza por el bien de aquellos que no tienen esperanza".

6. La epidemia muestra que el estado de excepción se ha vuelto regla

ENTREVISTA REALIZADA POR NICOLAS TRUONG, EN LE MONDE, 28 DE MARZO DE 2020

En un texto publicado por Il Manifesto, *usted expresó que la pandemia de Covid-19 era una supuesta epidemia, nada más que una especie de influenza. En vista del número de víctimas y de la rápida propagación del virus, en particular en Italia, ¿se arrepiente de esas afirmaciones?*

No soy ni virólogo ni médico, y en el artículo en cuestión me limitaba a citar textualmente lo que entonces (hace casi un mes) era la opinión del Consejo Nacional de Investigación italiano.

Por otra parte, en un video al alcance de todos, Wolfgang Wodarg, quien fue presidente de la Comisión de la Salud del Consejo de Europa, va mucho más allá y afirma que hoy no estamos midiendo la incidencia de la enfermedad causada por el virus, sino la actividad de los especialistas que lo convierten en objeto de sus investigaciones. Pero no es mi intención entrar en el debate entre los científicos sobre la epidemia, me interesan las gravísimas consecuencias éticas y políticas que de ella derivan.

"Parecería que, agotado el terrorismo como causa de las medidas excepcionales, la invención de una epidemia puede ofrecer el pretexto ideal para extenderlas más allá de

todo límite." ¿En qué sentido se trata de una invención? El terrorismo, al igual que una epidemia, si bien son reales, ¿pueden acarrear consecuencias políticas inaceptables?

Cuando se habla de invención en un ámbito político, es necesario no olvidar que esto no debe entenderse en un sentido únicamente subjetivo. Los historiadores saben que hay conspiraciones, por así decirlo, objetivas, que parecen funcionar como tales sin ser conducidas por un sujeto identificable. Como mostró Michel Foucault antes que yo, los gobiernos securitarios que se sirven del paradigma de la seguridad no funcionan necesariamente produciendo la situación de excepción, sino explotándola y dirigiéndola una vez que se produce. Por cierto no soy el único en pensar que para un gobierno totalitario como el de China la epidemia ha sido el instrumento ideal para verificar la posibilidad de aislar y controlar una región entera. Y el hecho de que en Europa podamos referirnos a China como modelo muestra sólo el grado de irresponsabilidad política al que nos ha arrojado el miedo. Sería necesario preguntarse si no es bastante extraño que el gobierno de ese país haya declarado que la epidemia ha concluido cuando lo consideró conveniente.

¿Por qué, según usted, el estado de excepción es injustificado, cuando el confinamiento parece ser para los científicos el único medio de detener la propagación del virus?

En nuestra situación de confusión babélica de los

lenguajes, cada categoría persigue sus propias razones particulares sin tener en cuenta las razones de los demás. Para el virólogo, el enemigo que se debe combatir es el virus; para el médico, el único objetivo es la curación; para el gobierno, se trata de mantener el control, y es posible que incluso yo haga lo mismo al recordar que el precio que hay que pagar por esto no debe ser demasiado alto. En Europa ha habido epidemias mucho más graves, pero a nadie se le había ocurrido declarar a causa de ello un estado de emergencia como el que, en Italia y Francia, prácticamente nos impide vivir. Teniendo en cuenta que en Italia la enfermedad hasta el presente ha afectado a menos de una de cada mil personas, es válido preguntarse qué se haría si la epidemia de veras empeorara. El miedo es un mal consejero y no creo que transformar el país en un país apestado, donde cada quien mira a sus semejantes como una ocasión para el contagio, sea realmente la solución correcta. La falsa lógica es siempre la misma: así como frente al terrorismo se afirmaba que la libertad debía ser suprimida para defenderla, también ahora se nos dice que es necesario suspender la vida a fin de protegerla.

¿Asistimos acaso a la instauración de un estado de excepción permanente?

Lo que la epidemia muestra con claridad es que el estado de excepción, con el cual los gobiernos nos han familiarizado desde hace tiempo, se ha convertido en la

condición normal. Los seres humanos se han acostumbrado hasta tal punto a vivir en un estado de crisis permanente que no parecen percatarse de que su vida se ha reducido a una condición puramente biológica, que ha perdido no sólo su dimensión política sino también cualquier dimensión simplemente humana. Una sociedad que vive en un estado de emergencia permanente no puede ser una sociedad libre. Vivimos hoy en una sociedad que ha sacrificado su libertad en nombre de las así llamadas "razones de seguridad" y, de este modo, se ha condenado a vivir en un estado de miedo e inseguridad permanente.

¿En qué sentido estamos experimentando hoy una crisis "biopolítica"?

La política moderna es de principio a fin una biopolítica, donde la apuesta es a fin de cuentas la vida biológica como tal. El hecho novedoso es que la salud se convierte en una obligación jurídica que debe cumplirse a cualquier precio.

¿Por qué el problema no es la gravedad de la enfermedad, sino el colapso de toda ética y de toda política que esta ha producido?

El miedo hace que aparezcan muchas cosas que se fingía no ver. La primera es que nuestra sociedad ya no cree en nada más que en la vida desnuda. En mi opinión es evidente que los italianos han demostrado que

están dispuestos a sacrificar prácticamente todo, sus condiciones normales de vida, sus relaciones sociales, el trabajo e incluso las amistades, los afectos y las convicciones políticas y religiosas ante el peligro de contagiarse.

La vida desnuda no es algo que una a las personas, sino que más bien las ciega y las separa. Los demás seres humanos, como en la peste descrita por Manzoni en su novela *Los novios*, no son sino agentes de contagio, a quienes hay que mantener al menos a un metro de distancia y castigar si se acercan demasiado. Incluso los muertos –esto es verdaderamente bárbaro– ya no tienen derecho a un funeral y no está claro qué sucederá con sus cadáveres. Nuestro prójimo ya no existe y es en verdad desconcertante que las dos religiones que parecían regir Occidente, el cristianismo y el capitalismo, la religión de Cristo y la religión del dinero, callen. ¿Qué pasa con las relaciones humanas en un país que se acostumbra a vivir en tales condiciones? ¿Y qué es una sociedad que cree sólo en la supervivencia?

Es un espectáculo deprimente ver toda una sociedad enfrentada a un peligro por lo demás incierto, liquidar en bloque todos sus valores éticos y políticos. Una vez que todo esto haya pasado, no creo que pueda volver jamás al estado normal.

¿Cómo cree que será el mundo después de la epidemia?

Lo que me preocupa no es sólo el presente, sino también lo que vendrá después. Así como las guerras nos han legado una serie de tecnologías nefastas, de la misma manera es altamente probable que se busque continuar, después del fin de la emergencia sanitaria, con los experimentos que los gobiernos todavía no habían conseguido realizar: las universidades cerrarán sus puertas a los estudiantes y los cursos se impartirán *online*, las personas dejarán de reunirse para hablar de cuestiones políticas o culturales, y donde sea posible los dispositivos digitales sustituirán todo contacto –todo contagio– entre los seres humanos.

7. Distanciamiento social

6 DE ABRIL DE 2020

No sabemos dónde nos espera la muerte, esperémosla en todas partes. Meditar sobre la muerte es meditar sobre
la libertad. Quien ha aprendido a morir, ha desaprendido
a servir. Saber morir nos libera de toda sumisión y de toda coerción.
Michel de Montaigne

Dado que la historia nos enseña que todo fenómeno social tiene o puede tener implicaciones políticas, resulta oportuno prestar atención al nuevo concepto que ha ingresado hoy en el léxico político de Occidente: "distanciamiento social". Si bien el término probablemente se ha acuñado como un eufemismo respecto de la crudeza del término "confinamiento" empleado hasta ahora, es necesario preguntarse cuál sería el ordenamiento político que podría basarse en aquel término. Esto es mucho más urgente dado que no se trata sólo de una hipótesis puramente teórica, si es cierto, como empieza a expresarse desde muchos sectores, que la actual emergencia sanitaria puede ser tomada como el laboratorio donde se preparan las nuevas estructuras políticas y sociales que esperan a la humanidad.

A pesar de que hay imprudentes, como siempre sucede, que sugieren que tal situación de seguro puede

considerarse positiva y que las nuevas tecnologías digitales permiten desde hace tiempo comunicarse felizmente a distancia, no creo que una comunidad basada en el "distanciamiento social" sea humana y políticamente vivible. En cualquier caso, sea cual sea la perspectiva, me parece que es sobre este tema que deberíamos reflexionar.

Una primera consideración atañe a la naturaleza de veras singular del fenómeno que han producido las medidas de "distanciamiento social". Canetti, en esa obra maestra que es *Masa y poder*, define la masa en que se basa el poder a través de la inversión del miedo a ser tocado. Mientras que las personas suelen temer ser tocadas por un extraño y todas las distancias que establecen a su alrededor surgen de este temor, la masa constituye la única situación en que este miedo se convierte en su opuesto. "Sólo inmersa en la masa puede la persona redimirse del temor al contacto [...] Desde el momento en que nos abandonamos a la masa, no tenemos miedo a ser tocados por ella [...] Quienquiera que se nos pegue es igual a nosotros, lo sentimos como nos sentimos a nosotros mismos. De pronto, es como si todo ocurriera dentro de un único cuerpo [...] Esta inversión del miedo a ser tocado es peculiar de la masa. El alivio que se extiende en ella alcanza una medida tanto más evidente cuanto más densa es, precisamente, la masa".

Ignoro qué habría pensado Canetti de la nueva fenomenología de la masa que tenemos enfrente: las

medidas de distanciamiento social y el pánico sin duda han creado una masa, pero una masa, por así decirlo, invertida, conformada por individuos que se mantienen a toda costa distanciados unos de otros. Una masa que, por tanto, no es densa, sino dispersa, y que, sin embargo, sigue siendo una masa si se define, como señala Canetti poco después, por su uniformidad y pasividad, en el sentido de que "un movimiento en verdad libre en modo alguno sería posible para ella [...] pues espera, ella espera un líder, que debe mostrársele".

Algunas páginas más adelante, Canetti describe la masa que se forma mediante una prohibición, "en la cual muchas personas reunidas se niegan a hacer lo que hasta ese momento habían hecho como individuos. La prohibición es repentina: se la imponen a sí mismos [...] de cualquier manera la prohibición los afecta con la mayor fuerza. Es categórica como una orden; para ella, con todo, lo decisivo es su carácter negativo".

Es importante no pasar por alto que una comunidad basada en el distanciamiento social no tendría nada que ver, como ingenuamente podría creerse, con un individualismo llevado al exceso: sería, justamente por el contrario, como la que vemos hoy a nuestro alrededor, una masa dispersa y basada en una prohibición, pero, precisamente por este motivo, particularmente compacta y pasiva.

8. Una pregunta

13 DE ABRIL DE 2020

La peste marcó para la ciudad el comienzo de la corrupción [...] Ya nadie estaba dispuesto a perseverar en lo que antes consideraba el bien, porque pensaba que tal vez podría morir antes de alcanzarlo.
Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, II, 53

Me gustaría compartir con quien así lo desee una pregunta sobre la cual desde hace más de un mes no he dejado de reflexionar. ¿Cómo pudo ocurrir que un país entero sin darse cuenta se derrumbase en términos éticos y políticos ante una enfermedad? Las palabras que utilicé para formular esta pregunta fueron atentamente sopesadas una por una. Evaluar la abdicación de los propios principios éticos y políticos es, de hecho, muy sencillo: se trata de preguntarse sobre el límite más allá del cual no se está dispuesto a renunciar a ellos. Creo que el lector que se tome la molestia de considerar los siguientes puntos tendrá que convenir en que –sin darse cuenta o fingiendo no darse cuenta de ello– el umbral que separa la humanidad de la barbarie ha sido traspasado.

1) El primer punto, acaso el más grave, se refiere a los cuerpos de las personas muertas. ¿Cómo hemos podido aceptar, únicamente en nombre de un *riesgo* imposible de precisar, que nuestros seres queridos y las

personas en general no sólo murieran sin compañía, sino –algo que nunca antes había sucedido en la historia, desde Antígona hasta nuestros días– que sus cadáveres fueran quemados sin un funeral?

2) Hemos aceptado, entonces, sin demasiados problemas, sólo en nombre de un *riesgo* que no era posible precisar, que se limitara tanto nuestra libertad de movimiento como nunca antes había ocurrido en la historia del país, ni siquiera durante las dos guerras mundiales (ya que durante la guerra el toque de queda se limitaba a ciertas horas). En consecuencia, aceptamos exclusivamente en nombre de un *riesgo* que no era posible precisar, suspender de hecho nuestras relaciones de amistad y de amor, porque nuestro prójimo se había convertido en una *potencial* fuente de contagio.

3) Esto ha podido ocurrir –y aquí se aborda la raíz del fenómeno– porque hemos escindido la unidad de nuestra experiencia vital, que siempre es inseparablemente corporal y espiritual, en una entidad puramente biológica, por una parte, y en una vida afectiva y cultural, por la otra. Iván Illich mostró, y David Cayley lo ha recordado recientemente aquí (www.quodlibet.it), las responsabilidades de la medicina moderna en esta escisión, que se da por descontada y que en cambio es la mayor de las abstracciones. Bien sé que esta abstracción ha sido llevada a cabo por la ciencia moderna a través de dispositivos de reanimación, que pueden mantener al cuerpo en un estado de pura vida vegetativa.

Pero si esta condición se extiende más allá de los

confines espaciales y temporales que le son propios, como se intenta hacer hoy, y se convierte en una suerte de principio de comportamiento social, se cae en contradicciones de las cuales no hay salida.

Sé que alguien se apresurará a responder que se trata de una condición acotada en el tiempo, después de la cual todo volverá a ser como antes. Es de veras singular que esto no pueda repetirse más que de mala fe, desde el momento en que las mismas autoridades que proclamaron la emergencia no dejan de recordarnos que una vez superada la emergencia, deberán seguir observándose las mismas directrices y que el "distanciamiento social", como ha sido llamado con un significativo eufemismo, será el nuevo principio de organización de la sociedad. En cualquier caso, no podrá borrarse lo que, de buena o mala fe, se ha aceptado sufrir.

Dado que he manifestado las responsabilidades de cada uno de nosotros, no puedo dejar de mencionar a estas alturas las aún más graves responsabilidades de quienes habrían tenido la tarea de velar por la dignidad humana. Ante todo, la Iglesia, que haciéndose sierva de la ciencia, ya convertida en la verdadera religión de nuestra época, ha abjurado radicalmente de sus principios más esenciales. La Iglesia, bajo un papa llamado Francisco, ha olvidado que Francisco abrazaba a los leprosos. Ha olvidado que una de las obras de misericordia es visitar a los enfermos. Ha olvidado que los mártires enseñan que se debe estar dispuesto a sacrificar la vida antes que la fe y que renunciar al prójimo

significa renunciar a la fe.

Otra categoría que ha faltado a sus propios deberes es la de los juristas. Hace tiempo que nos hemos acostumbrado al uso imprudente de los decretos de urgencia a través de los cuales el poder ejecutivo sustituye de facto al legislativo, aboliendo el principio de separación de los poderes que define la democracia. Pero en este caso se han superado todos los límites y se tiene la impresión de que las palabras del primer ministro y del jefe de la protección civil tienen, como se decía para las del Führer, una inmediata fuerza de ley. Y no se ve cómo, habiéndose vencido la vigencia establecida de los decretos de urgencia, las limitaciones a la libertad podrán mantenerse tal como se ha anunciado. ¿Con qué dispositivos jurídicos? ¿Con un estado de excepción permanente? Corresponde a los juristas verificar que se respeten las reglas de la constitución, pero los juristas permanecen en silencio. *Quare silete iuristae in munere vestro?* [¿Por qué callan ustedes, juristas, en lo que es de su interés?].

Sé que indefectiblemente habrá alguien que responda que, si bien es grave, el sacrificio se ha hecho en nombre de principios morales. Me gustaría recordarle que Eichmann, aparentemente de buena fe, nunca se cansó de repetir que lo que había hecho lo hizo a conciencia, para obedecer lo que consideraba los preceptos de la moral kantiana. Una norma que establece que hay que renunciar al bien para salvar el bien es tan falsa y contradictoria como aquella otra que, para proteger la

libertad, impone la renuncia a la libertad.

9. La vida desnuda

ENTREVISTA REALIZADA POR IVAR EKMAN EN LA RADIO PÚBLICA SUECA, 19 DE ABRIL DE 2020

¿Pueden considerarse las restricciones aplicadas a la vida social como el estado de excepción definitivo? ¿Puede esperarse que se prolonguen más allá de la fase aguda de esta crisis?

La historia del siglo XX muestra a las claras, en particular en lo que concierne al ascenso al poder del nazismo en Alemania, que el estado de excepción constituye el mecanismo que permite la transformación de las democracias en estados totalitarios. Desde hace muchos años en mi país, aunque no exclusivamente en él, el estado de emergencia se ha convertido en la técnica normal de gobierno y por medio de decretos de urgencia el poder ejecutivo sustituye al poder legislativo, aboliendo *de facto* el principio de la separación de los poderes que define a la democracia. Sin embargo, nunca como ahora, ni siquiera durante el fascismo y las dos guerras mundiales, las limitaciones a la libertad habían sido llevadas hasta este punto: no sólo las personas se encuentran confinadas en sus viviendas y, privadas de toda relación social, reducidas a una condición de supervivencia biológica, sino que la barbarie no perdona tampoco a los muertos: las personas fallecidas en este período no tienen derecho a un funeral y sus cuerpos

son quemados. Soy consciente de que algunos se apresurarán a responder que se trata de una condición que durará sólo un tiempo, tras lo cual todo volverá a ser como antes. Es de veras singular que esto no pueda repetirse más que de mala fe, desde el momento en que las mismas autoridades que proclamaron la emergencia no dejan de recordarnos que, una vez superada, deberán seguir observándose las mismas directrices y que el "distanciamiento social", como ha sido llamado con un significativo eufemismo, será el nuevo principio de organización de la sociedad.

¿Puede, por favor, explicar el concepto de "vida desnuda" y cómo se relaciona con lo que sucede hoy?

Usted me pregunta por la vida desnuda. El hecho es que lo que he descrito ha podido ocurrir porque hemos escindido la unidad de nuestra experiencia vital, que siempre es inseparablemente corporal y espiritual, en una entidad puramente biológica (la vida desnuda), por una parte, y en una vida afectiva y cultural, por la otra. Iván Illich mostró las responsabilidades de la medicina moderna en esta escisión, que se da por descontada y que, en cambio, es la mayor de las abstracciones. Bien sé que esta abstracción ha sido realizada por la ciencia moderna a través de los dispositivos de reanimación, que pueden mantener un cuerpo en un estado de pura vida vegetativa. Pero si esta condición se extiende más allá de los confines espaciales y temporales

que le son propios, como se intenta hacer hoy, y se convierte en una suerte de principio de comportamiento social, se cae en contradicciones de las cuales no hay salida. ¿Hace falta recordar que el único otro sitio donde los seres humanos fueron mantenidos en un estado de pura vida vegetativa es el *lager* nazi?

Usted pertenece a una categoría de la población cuya tasa de mortalidad del virus parece no tener una sola cifra, sino que está entre el 10% y el 20%. ¿Se atemoriza cuando se encuentra con otras personas? ¿Este miedo debería guiar el comportamiento de la gente, más allá de las reglas impuestas por las autoridades?

El riesgo de contagio, en cuyo nombre se restringen las libertades, nunca ha sido precisado, porque las cifras que se comunican son intencionalmente vagas, no se analizan, como sería de rigor si lo que estuviese en juego fuera de veras la ciencia, en relación con la mortalidad anual y con las causas de fallecimiento. Le responderé de todos modos con una frase de Michel de Montaigne: "No sabemos dónde nos espera la muerte, esperémosla en todas partes. Meditar sobre la muerte es meditar sobre la libertad. Quien ha aprendido a morir, ha desaprendido a servir. Saber morir nos libera de toda sumisión y de toda coerción".

La reacción de la política al virus –los diversos estados de excepción– no es monolítica. Existen distintos modelos de restricciones a la vida y a los desplazamientos de las

personas en varias partes del mundo, o incluso dentro de una misma nación. En Suecia, la mayoría de las limitaciones son voluntarias: nuestro primer ministro ha declarado que las personas deben guiarse por el sentido común (la palabra que usó es, para ser preciso, folkvett, *que se traduce aproximadamente como "sentido del pueblo"). Y las personas se limitan a sí mismas; no obstante muchos aquí –y son muchos más en los estados confinadores, donde las reglas son más restrictivas todavía– han reaccionado con fuerza, llamando irresponsables a los líderes suecos, como si el único modo de mantenerlas controladas fuese a través de decretos y movilizando a la policía. Este es sólo un ejemplo, pero ¿cree usted que exista un modo sensato de arrostrar esta amenaza, más allá del blanco y negro de "muerte o dictadura"?*

Sólo pueden hacerse hipótesis acerca de las formas que adoptará el gobierno de las personas en los años por venir, pero aquello que sí puedo deducir de la experimentación en curso es todo menos tranquilizador. Italia, como se vio durante los años del terrorismo, es una suerte de laboratorio político donde se experimentan las nuevas tecnologías de gobierno. No me asombra que ahora esté a la vanguardia en la elaboración de una tecnología de gobierno que en nombre de la salud pública hace aceptar condiciones de vida que eliminan lisa y llanamente toda posibilidad de actividad política. Italia siempre se halla a punto de recaer en el fascismo y muchos signos muestran que hoy se trata de

algo más que un riesgo: alcanza con decir que el gobierno ha instituido una comisión que tiene el poder de decidir qué informaciones son verdaderas y cuáles deben ser consideradas falsas. Por lo que a mí respecta, los grandes periódicos en Italia rechazan de plano publicar mis opiniones.

10. Nuevas reflexiones
(3)

NEUE ZÜRCHER ZEITUNG, 27 DE ABRIL DE 2020

Desde distintos espacios se está formulando la hipótesis de que en realidad estamos viviendo el fin de un mundo –el de las democracias burguesas, basadas en los derechos, los parlamentos y la división de los poderes– que ahora cede su lugar a un nuevo despotismo. En cuanto a la omnipresencia de los controles y el cese de toda actividad política, este despotismo será peor que los totalitarismos que hemos conocido hasta el presente. Los politólogos estadounidenses lo llaman *Security State*, o sea un Estado en el cual "por razones de seguridad" (en este caso, de "salud pública", término que remite a los tristemente célebres "comités de salud pública" durante el Terror) se puede imponer cualquier límite a las libertades individuales. En Italia, por lo demás, hace tiempo estamos acostumbrados a una legislación por decretos de urgencia emitidos por el poder ejecutivo, que así sustituye al legislativo para abolir *de facto* el principio de la división de los poderes en el que se basa la democracia. Y el control ejercido por medio de cámaras de video y, ahora, como se ha propuesto, a través de los teléfonos celulares, excede con mucho toda forma de control aplicada bajo regímenes totalitarios como el fascismo o el nazismo.

10. Nuevas reflexiones
(3)

NEUE ZÜRCHER ZEITUNG, 27 DE ABRIL DE 2020

Desde distintos espacios se está formulando la hipótesis de que en realidad estamos viviendo el fin de un mundo –el de las democracias burguesas, basadas en los derechos, los parlamentos y la división de los poderes– que ahora cede su lugar a un nuevo despotismo. En cuanto a la omnipresencia de los controles y el cese de toda actividad política, este despotismo será peor que los totalitarismos que hemos conocido hasta el presente. Los politólogos estadounidenses lo llaman *Security State*, o sea un Estado en el cual "por razones de seguridad" (en este caso, de "salud pública", término que remite a los tristemente célebres "comités de salud pública" durante el Terror) se puede imponer cualquier límite a las libertades individuales. En Italia, por lo demás, hace tiempo estamos acostumbrados a una legislación por decretos de urgencia emitidos por el poder ejecutivo, que así sustituye al legislativo para abolir *de facto* el principio de la división de los poderes en el que se basa la democracia. Y el control ejercido por medio de cámaras de video y, ahora, como se ha propuesto, a través de los teléfonos celulares, excede con mucho toda forma de control aplicada bajo regímenes totalitarios como el fascismo o el nazismo.

Es preciso cuestionar el modo en que se han comunicado las cifras relativas a las muertes y a los contagios de la epidemia. Al menos en lo que respecta a Italia, nadie que tenga algún conocimiento de epistemología puede dejar de sorprenderse por el hecho de que los medios, a lo largo de todos estos meses, hayan difundido cifras sin ningún criterio de cientificidad, no sólo sin relacionarlas con las cifras de muertes anuales en el mismo período, sino también sin especificar la causa del deceso. No soy virólogo ni médico, sino que me limito a citar al pie de la letra fuentes oficiales seguramente fiables. Veintitrés mil muertos(4) por la Covid-19 parece y sin duda es una cifra impresionante. Sin embargo, si se pone en relación con las estadísticas anuales, con razón las cosas adoptan un aspecto diferente. El presidente del ISTAT (el Instituto Nacional de Estadística de Italia), doctor Gian Carlo Blangiardo, hace varias semanas informó las cifras de mortalidad del año pasado: 647 000 fallecidos (por lo tanto, 1 772 muertes por día). Si analizamos en detalle las causas, vemos que los últimos datos disponibles, referidos a 2017, registran 230 000 muertes por enfermedades cardiocirculatorias, 180 000 muertes por tumores y al menos 53 000 muertes por enfermedades respiratorias. Pero hay un punto especialmente importante que nos concierne de cerca. Cito las palabras del informe: "En marzo de 2019 las muertes por enfermedades respiratorias fueron 15 189 y el año anterior habían sido 16 220. Incidentalmente, se observa que superan las muertes por Covid (12 352)

declaradas en marzo de 2020". Si esto es cierto, y no tenemos razones para dudar de ello, sin pretender minimizar la importancia de la epidemia, es necesario preguntarse, no obstante, si esta puede justificar medidas de limitación de la libertad que no se habían tomado nunca antes en la historia de nuestro país, ni durante las dos guerras mundiales. Surge la duda legítima, en lo que a Italia se refiere, de que al sembrar el pánico y aislar a la gente en sus casas se haya querido descargar en la población la gravísima responsabilidad de los gobiernos que primero habían desmantelado el servicio sanitario nacional y, luego, en Lombardía, cometieron una serie de errores no menos graves al hacer frente a la epidemia. En lo concerniente al resto del mundo, creo que cada Estado tiene modalidades diversas de usar los datos de las epidemias para sus propios fines y de manipularlos según sus propias exigencias. El peso real de la epidemia podrá medirse sólo relacionando los datos informados con las estadísticas sobre la mortalidad anual por enfermedad.

Otro fenómeno que no debe pasarse por alto es la función desempeñada por los médicos y virólogos en el manejo de la epidemia. El término griego *epidemia* (de *demos*, el pueblo como entidad política) tiene un significado político inmediato. Es aún más peligroso confiar a los médicos y a los científicos decisiones que en definitiva son éticas y políticas. Los científicos, ya sea que se equivoquen o no, buscan de buena fe sus razones, que se identifican con el interés de la ciencia y en nombre

de las cuales –la historia lo demuestra ampliamente– están dispuestos a sacrificar cualquier escrúpulo de orden moral. No es necesario que recuerde que bajo el régimen nazi, científicos muy reconocidos llevaron a cabo la política eugenésica y no dudaron en aprovechar la existencia de los *lager* para realizar experimentos letales que consideraban útiles para el progreso de la ciencia y para el cuidado de los soldados alemanes. En el caso actual, el espectáculo es especialmente desconcertante, porque en realidad, si bien los medios lo ocultan, no hay un acuerdo entre los científicos, y algunos de los más ilustres entre ellos –como Didier Raoult, tal vez el máximo virólogo francés– difieren sobre la envergadura de la epidemia y sobre la eficacia de las medidas de aislamiento, que este definió en una entrevista como una superstición medieval. En un artículo anterior escribí que la ciencia se ha vuelto la religión de nuestra época. La analogía con la religión debe tomarse literalmente: los teólogos declaraban que no podían definir con claridad qué era Dios, pero en su nombre dictaban reglas de conducta a los seres humanos y no dudaban en quemar a los herejes; los virólogos admiten no saber exactamente qué es un virus, pero en su nombre pretenden decidir cómo deben vivir las personas.

Si dejamos de lado el ámbito de la actualidad y tratamos de considerar las cosas desde el punto de vista del destino de la especie humana en la Tierra, acuden a mi mente las consideraciones de un gran científico neerlandés, Ludwig Bolk. Nuestra especie se caracteriza, a

juicio de Bolk, por una inhibición progresiva de los procesos vitales naturales de adaptación al ambiente, que son sustituidos por un crecimiento hipertrófico de dispositivos tecnológicos para adaptar el ambiente al ser humano. Cuando este proceso sobrepasa cierto límite, llega a un punto en el cual se vuelve contraproducente y se transforma en autodestrucción de la especie. Fenómenos como el que estamos viviendo me parece que demuestran que se ha llegado a ese punto y que la medicina que debía curar nuestros males corre el riesgo de producir un mal todavía mayor.

---

3 Este artículo retoma y desarrolla el texto de una entrevista publicada en el diario *La Verità*, el 21 de abril de 2020.

4 Hasta el momento, 22 de junio de 2020, los muertos en Italia ascienden a 34 634; fuente online: https://ourworldindata.org/covid-deaths?country=~ITA [N. de los T.].

11. Sobre lo verdadero y sobre lo falso

28 DE ABRIL DE 2020

Tal como se suponía, la fase 2 confirma por decreto ministerial más o menos los mismos recortes a las libertades constitucionales que pueden ser limitadas sólo por ley. Pero no menos importante es la limitación de un derecho humano que ninguna constitución ha consagrado: el derecho a la verdad, la necesidad de una palabra verdadera.

La operación que estamos presenciando, antes de ser una inaudita manipulación de las libertades de cada uno, es efectivamente una gigantesca operación de falsificación de la verdad. Si las personas permiten ver limitada su libertad personal, ello ocurre de hecho porque aceptan los datos y opiniones provistos por los medios sin someterlos a comprobación alguna. La publicidad nos había acostumbrado hace tiempo a discursos que actuaban con mucha mayor eficacia por cuanto no pretendían ser verdaderos. Y también hace tiempo que el consenso político se prestaba sin una convicción profunda, de algún modo dando por descontado que en los discursos electorales lo que estaba en cuestión no era la verdad. Lo que ahora está ocurriendo ante nuestros ojos es, en cambio, algo nuevo, aunque sólo sea porque en la verdad o falsedad del discurso aceptado pasivamente se juega nuestro modo de vida, toda nuestra cotidiana existencia. Por este motivo, sería urgente que todos

intentáramos pasar lo que se nos propone al menos por el tamiz de la más elemental verificación.

No he sido el único en notar que los datos sobre la epidemia han sido provistos de manera genérica y sin ningún criterio de cientificidad. Desde el punto de vista epistemológico, por ejemplo, es obvio que ofrecer una cifra de fallecidos sin ponerla en relación con la mortalidad anual en igual período y sin especificar la causa efectiva de muerte no significa nada. Y no obstante es precisamente esto lo que se sigue haciendo a diario sin que nadie parezca percatarse de ello. Esto es mucho más sorprendente por cuanto los datos que permiten hacer la verificación están disponibles para quien desee acceder a ellos y ya he citado en esta columna el informe del presidente del ISTAT, Gian Carlo Blangiardo, en el cual se muestra que el número de muertes por la Covid-19 resulta inferior al debido a enfermedades respiratorias en los dos años anteriores. No obstante, es como si este informe, por inequívoco que sea, no existiera, al igual que de ninguna manera se tiene en cuenta el hecho, aunque ya ha sido manifestado, de que se contabilizan como fallecidos por la Covid-19 también aquellos pacientes positivos que han muerto a causa de un infarto o por cualquier otro motivo. ¿Por qué, aun cuando la falsedad está documentada, se le sigue dando crédito? Se diría que la mentira es tomada por verdadera, precisamente porque, como en el caso de la publicidad, no se preocupa por ocultar su falsedad. Como había sucedido con la Primera Guerra Mundial, la guerra contra el virus

sólo puede darse motivaciones falaces.

La humanidad está entrando en una fase de su historia en la cual la verdad se reduce a un momento en el movimiento de lo falso. Es verdadero aquel discurso falso que debe ser tomado por verdadero incluso cuando su no verdad queda demostrada. Pero de este modo es el propio lenguaje como lugar de manifestación de la verdad lo que se confisca a los seres humanos. Ellos ahora sólo pueden observar mudos el movimiento –verdadero por ser real– de la mentira. Por esta razón, para detener ese movimiento es necesario que cada uno tenga el coraje de buscar sin hacer concesiones el bien más preciado: una palabra verdadera.

12. La medicina como religión

2 DE MAYO DE 2020

Hace tiempo, es evidente, que la ciencia se ha convertido en la religión de nuestro tiempo, eso en lo que el ser humano cree que cree. En el Occidente moderno han convivido y, en cierta medida, aún conviven tres grandes sistemas de creencias: el cristianismo, el capitalismo y la ciencia. En la historia de la Modernidad, estas tres "religiones" se han entrecruzado necesariamente muchas veces, entrando en conflicto según fuese el caso y luego reconciliándose de distinto modo, hasta alcanzar de forma progresiva una suerte de convivencia pacífica, articulada, si no una verdadera colaboración en nombre del interés común.

La novedad es que entre la ciencia y las otras dos religiones se ha reavivado, sin que lo hayamos advertido, un conflicto subterráneo e implacable, en el cual la ciencia ha salido hoy victoriosa a la vista de todos, lo que determina de manera inaudita todos los aspectos de nuestra existencia. Este conflicto no atañe, como ocurría en el pasado, a la teoría y a los principios generales, sino, por así decirlo, a la praxis de un culto. También la ciencia, en efecto, como todas las religiones, conoce formas y niveles diferentes a través de los cuales organiza y ordena su estructura: a la elaboración de una dogmática sutil y rigurosa corresponde en la praxis una esfera cultual extremadamente amplia y extendida coincidente

con lo que llamamos tecnología.

No sorprende que sea protagonista de esta nueva guerra de religión aquella parte de la ciencia donde la dogmática es menos rigurosa y es más fuerte el aspecto pragmático: la medicina, cuyo objeto inmediato es el cuerpo viviente de los seres humanos. Intentemos establecer las características esenciales de esta fe victoriosa con la que deberemos lidiar cada vez más.

1) La primera característica es que la medicina, como el capitalismo, no necesita de una dogmática especial, sino que se limita a tomar prestados de la biología sus conceptos fundamentales. Sin embargo, a diferencia de la biología, articula esos conceptos en un sentido gnóstico-maniqueo, o sea, según una exacerbada oposición dualista. Existe un dios o un principio maligno –la enfermedad precisamente– cuyos agentes específicos son las bacterias y los virus, y un dios o un principio benéfico –que no es la salud sino la cura– cuyos agentes cultuales son los médicos y la terapia. Como en toda fe gnóstica, ambos principios están claramente separados, pero en la práctica pueden contaminarse, y el principio benéfico y el médico que lo representa pueden equivocarse y colaborar inconscientemente con su enemigo, sin que esto invalide en absoluto la realidad del dualismo y la necesidad del culto a través del cual el principio benéfico libra su batalla. Y es significativo que los teólogos que deben fijar la estrategia de esa fe sean los representantes de una ciencia, la virología, que no tiene un lugar propio sino que se sitúa en el límite entre la

liturgia de la religión médica, que coincide ya con la vida toda, sea observada punto por punto en los hechos. Aquí se hace evidente de inmediato que estamos ante una práctica cultual y no ante una exigencia científica racional. La causa de mortalidad más frecuente en nuestro país son, con mucho, las enfermedades cardiovasculares, y es sabido que estas podrían disminuir si se llevara una forma de vida más sana y una alimentación adecuada. Pero a ningún médico se le ocurrió jamás que esa forma de vida y esa alimentación, que aconsejaban a los pacientes, se volvieran objeto de una norma jurídica que decretase *ex lege* qué se debe comer y cómo se debe vivir, convirtiendo toda la existencia en una obligación sanitaria. Precisamente esto es lo que se ha hecho y, al menos por ahora, la gente ha aceptado como si fuese obvio renunciar a su propia libertad de movimiento, al trabajo, a las amistades, a las relaciones amorosas, a las relaciones sociales, a sus propias convicciones religiosas y políticas.

Se puede apreciar aquí la medida en que las otras dos religiones de Occidente, la de Cristo y la del dinero, han cedido la primacía, aparentemente sin dar batalla, a la medicina y a la ciencia. La Iglesia ha abjurado lisa y llanamente de sus principios, olvidando que el santo cuyo nombre tomó el actual pontífice abrazaba a los leprosos, que una de las obras de la misericordia era visitar a los enfermos, que los sacramentos sólo pueden administrarse en presencia. El capitalismo, por su parte, aunque con cierta resistencia, ha aceptado pérdidas de

la productividad que jamás se había atrevido a contemplar, probablemente esperando llegar más tarde a un acuerdo con la nueva religión, que en este punto parece dispuesta a transigir.

4) La religión médica ha adoptado sin reservas el imperativo escatológico del cristianismo que este había dejado de lado. Ya el capitalismo, secularizando el paradigma teológico de la salvación, había eliminado la idea de un fin de los tiempos, sustituyéndola por un estado de crisis permanente, sin redención ni final. *Krisis* es originariamente un concepto médico que designaba, en el corpus hipocrático, el momento en que el médico decidía si el paciente sobreviviría a la enfermedad. Los teólogos han retomado el término para indicar el Juicio Final que tiene lugar el último día. Si se observa el estado de excepción que estamos viviendo, se diría que la religión médica conjuga al mismo tiempo la crisis perpetua del capitalismo con la idea cristiana del fin de los tiempos, de un *eschaton* en el cual la decisión extrema siempre está en curso y el final siempre se precipita y se difiere, en el intento incesante de conseguir gobernarlo, sin por ello resolverlo de una vez y para siempre. Es la religión de un mundo que se siente al borde del fin y sin embargo no es capaz, como el médico hipocrático, de decidir si sobrevivirá o morirá.

5) Como el capitalismo, y a diferencia del cristianismo, la religión médica no ofrece perspectivas de salvación y redención. Al contrario, la curación a la que aspira no puede ser sino provisoria, desde el momento

en que el dios malvado, el virus, no puede ser eliminado de una vez por todas, antes bien muta de continuo y adopta en cada ocasión formas nuevas, a priori más peligrosas. La epidemia, como sugiere la etimología del término, es ante todo un concepto político, que se apresta a convertirse en el nuevo terreno de la política –o de la no-política– mundial. Es posible incluso que la epidemia que estamos viviendo sea la realización de la guerra civil mundial que según los politólogos más atentos ha ocupado el lugar de las guerras mundiales tradicionales. Todas las naciones y todos los pueblos ahora están en una guerra duradera consigo mismos, porque el enemigo invisible e inaprehensible con el que están en lucha se encuentra dentro de nosotros.

Como ha sucedido más de una vez a lo largo de la historia, los filósofos deberán volver a entrar en conflicto con la religión, que ya no es el cristianismo sino la ciencia o esa parte de ella que ha adoptado la forma de una religión. No sé si volverán a encenderse las hogueras ni si volverán a prohibirse libros, pero ciertamente el pensamiento de quienes siguen buscando la verdad y rechazan la mentira dominante será, como ya está sucediendo ante nuestros ojos, excluido y acusado de difundir noticias (¡noticias, no ideas, porque la noticia es más importante que la realidad!) falsas. Como en todos los momentos de emergencia, verdadera o simulada, volverá a verse a los ignorantes calumniar a los filósofos, y a los canallas, intentar sacar provecho de las desgracias provocadas por ellos mismos. Todo esto ya ha sucedido,

y continuará sucediendo, pero quienes testifican a favor de la verdad no dejarán de hacerlo, porque nadie puede testificar por el testigo.

13. Bioseguridad y política

11 DE MAYO DE 2020

Lo que sorprende de las reacciones ante los dispositivos de excepción implementados en nuestro país (y no sólo aquí) es la incapacidad de observarlos más allá del contexto inmediato en el cual parecen operar. En cambio, son pocos quienes intentan, como no obstante un análisis serio impondría, interpretarlos en cuanto síntomas y signos de un experimento mayor, donde está en juego un nuevo paradigma del gobierno de las personas y de las cosas. Ya en un libro publicado siete años atrás, que ahora vale la pena releer atentamente (*Tempêtes microbiennes*, París, Gallimard, 2013), Patrick Zylberman había descrito el proceso a través del cual la seguridad sanitaria, que hasta entonces había permanecido en los márgenes de los cálculos políticos, se estaba convirtiendo en una parte esencial de las estrategias políticas estatales e internacionales. Se trata nada menos que de la creación de una suerte de "terror sanitario" como instrumento para gobernar lo que se definía como el *worst case scenario*, el peor escenario. Es de acuerdo con esta lógica de lo peor que ya en 2005 la Organización Mundial de la Salud (OMS) había anunciado desde "dos hasta ciento cincuenta millones de muertes por la gripe aviar que estaba llegando", lo que recomendaba una estrategia política que los Estados entonces no estaban preparados para acoger. Zylberman

muestra que el dispositivo recomendado se articulaba en tres puntos: 1) construcción, sobre la base de un riesgo posible, de un escenario ficticio, donde los datos son presentados de modo que puedan favorecer conductas que permitan manejar una situación extrema; 2) adopción de la lógica de lo peor como régimen de racionalidad política; 3) la organización integral del cuerpo de los ciudadanos de modo de reforzar al máximo la adhesión a las instituciones de gobierno, produciendo una suerte de civismo superlativo donde las obligaciones impuestas se presentan como pruebas de altruismo y el ciudadano ya no tiene derecho a la salud *(health safety)*, sino que pasa a estar jurídicamente obligado a la salud *(biosecurity)*.

Hoy se ve comprobado punto por punto eso que Zylberman ya describía en 2013. Es evidente que, más allá de la situación de emergencia ligada a cierto virus que en el futuro podrá dejar lugar a otro, nos hallamos ante el diseño de un nuevo paradigma de gobierno cuya eficacia supera con creces la de todas las formas de gobierno que la historia política de Occidente ha conocido hasta hoy. Si ya, con la decadencia progresiva de las ideologías y de los credos políticos, las razones de seguridad habían conducido a que los ciudadanos aceptaran limitaciones de las libertades que antes no estaban dispuestos a aceptar, la bioseguridad mostró su capacidad de presentar el cese absoluto de toda actividad política y de toda relación social como la máxima forma de participación cívica. Así, fue posible asistir a la paradoja de

que organizaciones de izquierda, tradicionalmente acostumbradas a reivindicar derechos y a denunciar violaciones de la constitución, aceptaran sin reserva los límites a las libertades decididos por decretos ministeriales carentes de toda legalidad y que ni siquiera el fascismo soñó jamás que podría imponer.

Es evidente –y las propias autoridades de gobierno no dejan de recordárnoslo– que el así llamado "distanciamiento social" se convertirá en el modelo de la política que nos espera y que (como anunciaron los representantes de una así llamada *task force*, cuyos miembros se encuentran en un abierto conflicto de intereses con la función que deberían ejercer) se sacará provecho de ese distanciamiento para sustituir universalmente con dispositivos tecnológicos digitales las relaciones humanas físicas, que se han convertido como tales en sospechosas del contagio (entendido como contagio político). Las clases de las universidades, tal como fue recomendado por el MIUR,(5) a partir del próximo año se dictarán regularmente *online*, ya no nos reconoceremos mirándonos a la cara, que podrá estar cubierta con una mascarilla sanitaria, sino a través de dispositivos digitales que reconocerán datos biológicos exigidos con carácter obligatorio, y cualquier aglomeración, ya sea con motivos políticos o simplemente por amistad, seguirá estando prohibida.

Aquí está en juego una concepción general del destino de la sociedad humana desde una perspectiva que en muchos aspectos parece haber adoptado la idea

apocalíptica del fin del mundo, propia de las religiones en su decadencia. Luego de que la política fuera sustituida por la economía, ahora también esta última deberá integrarse, para poder gobernar, al nuevo paradigma de bioseguridad por el cual deberán sacrificarse todas las demás exigencias. Es legítimo preguntarse si una sociedad así aún podrá definirse como humana o si la pérdida de las relaciones sensibles, del rostro, de la amistad y del amor realmente podrá ser compensada con una seguridad sanitaria abstracta y presumiblemente del todo ficticia.

---

5 Siglas para designar al Ministero dell'Istruzione y al Ministero dell'Università e della Ricerca (Ministerio de Educación y Ministerio de Universidad e Investigación, respectivamente, una institución italiana con doble cartera) [N. de los T.].

14. Polemos epidemios

ENTREVISTA REALIZADA POR DIMITRIA POULIOPOULOU PARA LA REVISTA GRIEGA BABYLONIA

20 DE MAYO DE 2020

I.

Las epidemias han acompañado la historia humana desde siempre, causando al manifestarse conmoción en las sociedades y en las personas. Parecería que la reciente epidemia de coronavirus quedará en la historia no tanto por su acción letal respecto a otras epidemias cuanto por la movilización global sin precedentes llevada a cabo para afrontarla. Se ha escrito mucho sobre lo que ocurrirá después. ¿Piensa que esta epidemia constituirá una fractura de la realidad social y que hablaremos de un antes y un después de la era del coronavirus?

Ante todo, debo decir que hablaré principalmente del país que conozco, o sea de Italia. Pero no debe olvidarse que Italia, a partir de los años sesenta del siglo pasado, fue el laboratorio donde se elaboraron las nuevas técnicas de gobierno contra el terrorismo, y es posible que aún hoy esté cumpliendo la misma función respecto a la emergencia sanitaria.

Epidemia, como lo muestra la etimología del término griego *demos*, que designa al pueblo como cuerpo político, es un concepto ante todo político. *Polemos epidemios* es en Homero la guerra civil. Lo que en el presente

vemos con claridad es que la epidemia se está convirtiendo en el nuevo terreno de la política, el campo de batalla de una guerra civil mundial, puesto que es evidente que la guerra civil es una guerra con un enemigo interno, que habita dentro de nosotros.

Estamos viviendo el fin de una época en la historia política de Occidente, la época de las democracias burguesas, basadas en las constituciones, en los derechos, en los parlamentos y en la división de los poderes. Este modelo estaba en crisis desde hacía ya tiempo, los principios constitucionales eran ignorados cada vez más a menudo y el poder ejecutivo había reemplazado casi integralmente al legislativo, ejerciendo, como ocurre ahora de modo exclusivo, a través de decretos leyes. Con la así llamada pandemia, se avanzó todavía un paso más, en el sentido de que aquello que los politólogos estadounidenses llamaban *Security State*, Estado de seguridad, que se basaba en el terrorismo, ahora ha cedido lugar a un paradigma de gobierno que podemos llamar "bioseguridad", basado en la salud. Es importante comprender que la bioseguridad supera en eficacia y capacidad de penetración a todas las formas de gobierno de las personas que hayamos conocido. Tal como ha podido constatarse en Italia, pero no sólo en Italia, no bien se percibe una amenaza para la salud, la gente acepta sin reaccionar limitaciones de las libertades que en el pasado jamás habría aceptado. Se ha llegado así a la paradoja de que el cese de toda relación social y de toda actividad política se presenta como la forma

ejemplar de participación cívica.

Creo que incluso un solo ejemplo pone en evidencia cuán profunda es en el régimen de la bioseguridad la transformación de todos los paradigmas políticos democráticos. En las democracias burguesas, cada ciudadano tenía un "derecho a la salud": ahora este *derecho* se invierte, sin que la gente se percate de ello, en una *obligación* jurídica a la salud, que debe observarse a cualquier precio. Y se ha visto a través de las medidas excepcionales sin precedentes a las que los ciudadanos han debido someterse cuán alto es este precio.

2.

Los Estados, institucionalmente, ya estaban entrenados por las crisis anteriores y aplicaron políticas que ya habían experimentado a escala planetaria. El término guerra ha sido ampliamente utilizado en el caso de la actual pandemia, mientras que usted hablaba de guerra civil por cuanto el enemigo está dentro y no fuera de nosotros. ¿Qué características de la cuarentena cree que están destinadas a perdurar? ¿Considera que la epidemia podría constituir el terreno para nuevos dogmas políticos autoritarios?

El paradigma de la bioseguridad no es temporario. Las actividades económicas se retomarán y ya se están retomando, y las medidas de limitación de los movimientos se levantarán, al menos una buena parte de ellas. Lo que subsistirá es el "distanciamiento social". Es preciso reflexionar sobre esta particular fórmula,

surgida simultáneamente en el mundo entero como si hubiese estado preparada de antemano. La fórmula no dice "distanciamiento físico" o "personal", como habría sido normal de haberse tratado de un dispositivo médico, sino "distanciamiento *social*". No podría expresarse con mayor claridad que constituye un nuevo paradigma de organización de la sociedad, o sea, un dispositivo esencialmente político. Mas ¿qué es una sociedad basada en la distancia? ¿Puede seguir llamándose política una sociedad así? ¿Qué tipo de relaciones pueden entablar personas que deben mantenerse a un metro de distancia, con el rostro cubierto por una mascarilla? Como es natural, el distanciamiento se ha podido realizar sin dificultades, porque de algún modo ya existía. Los dispositivos digitales nos habían acostumbrado hacía tiempo a relaciones virtuales a distancia. Epidemia y tecnología aquí se entrecruzan inseparablemente. Y no sorprende sin duda que el jefe de la así llamada *task force* nombrada por el gobierno italiano para afrontar las consecuencias de la epidemia sea el dirigente de una de las mayores redes de comunicación digital y que él mismo haya anunciado de inmediato que la implementación del 5G contribuirá a evitar toda posibilidad de contagio –es decir, de contacto– entre los seres humanos. Estos ya no se reconocerán mirándose a la cara, la cual podrá estar cubierta por una mascarilla sanitaria, sino a través de dispositivos digitales que reconocerán datos biológicos recolectados de antemano, y toda "aglomeración" –curiosa expresión para designar el

encuentro entre varios seres humanos– seguirá estando prohibida, ya sea que esté motivada por razones políticas o por simple amistad.

3.

En su libro Homo sacer. El poder soberano y la vida desnuda, *usted afirma que en todo Estado moderno hay una línea que delimita el punto en que el poder sobre la vida se transforma en poder de muerte, y la biopolítica se transforma en tanatopolítica. Por tanto, sobre esa base el soberano actúa en estrecha colaboración con el abogado, el médico, el científico y el cura. Hoy la medicina puede conceder al poder la posibilidad o la ilusión de la soberanía, que influye tanto en el plano político como en el ético. La subordinación de la vida a las estadísticas conduce inevitablemente a la lógica de una vida que no merece la pena ser vivida y el cuerpo político se transforma en un cuerpo biológico. En efecto, en un artículo reciente, usted subrayó que en el mundo contemporáneo occidental las tres "religiones" (el cristianismo, el capitalismo y la ciencia) coexisten y se encuentran, mientras que hoy, el conflicto entre la ciencia y las otras dos religiones se ha reactivado y ha terminado con el triunfo de la primera. ¿Cómo valora la posición de los científicos, y de la medicina en particular, en la actual crisis y cómo se relaciona con la gestión del poder?*

No se debe subestimar la función decisiva que la ciencia y la medicina han desempeñado en la articulación del paradigma de la bioseguridad. Tal como he

sugerido en el artículo que usted menciona, estas han podido desempeñar esa función no en cuanto ciencias rigurosas, sino porque han actuado como una suerte de religión cuyo dios es la vida desnuda. Iván Illich, tal vez el crítico más agudo de la Modernidad, demostró que la creciente medicalización de los cuerpos ha transformado profundamente la experiencia que cada individuo tiene de su cuerpo y de su vida. No puede comprenderse por qué los seres humanos aceptaron las restricciones excepcionales que les imponían si no se tiene en cuenta esta transformación. Lo que ha ocurrido es que cada individuo ha quebrado la unidad de su experiencia vital, que siempre es al mismo tiempo inseparablemente corporal y espiritual, en una entidad puramente biológica, por una parte, y en una existencia social, cultural y política, por la otra. Esta fractura es a todas luces una abstracción, pero una abstracción potente; y lo que el virus ha demostrado a ojos vista es que las personas creen en esa abstracción y han sacrificado por ella sus condiciones normales de vida, las relaciones sociales, sus convicciones políticas y religiosas, e incluso las amistades y las relaciones amorosas.

He dicho que la escisión de la vida es una abstracción, pero ustedes saben que la medicina moderna a mediados del siglo XX realizó esta abstracción a través de los dispositivos de reanimación, que permitieron mantener por mucho tiempo un cuerpo humano en estado de pura vida vegetativa. Las unidades de cuidados intensivos con soporte vital, con sus mecanismos de

respiración y de circulación sanguínea artificiales y sus tecnologías de mantenimiento de la homeotermia, a través de los cuales un cuerpo humano es mantenido indefinidamente en suspenso entre la vida y la muerte, son una zona oscura, que no debe salir de sus límites estrictamente médicos. En cambio, lo que ha sucedido con la pandemia es que este cuerpo suspendido artificialmente entre la vida y la muerte se ha vuelto el nuevo paradigma político, en función del cual los ciudadanos deben regular su comportamiento. El mantenimiento a cualquier precio de una vida desnuda separada en abstracto de la vida social es el dato más impresionante en el nuevo culto instaurado por la medicina como religión.

4·

Una crítica que se le ha hecho a usted es la del pesimismo, con respecto a su concepción del estado de excepción y de la manera en que se estructura el poder. Efectivamente, según su teoría, en las democracias capitalistas modernas todos somos potencialmente homines sacri *y el contexto del estado de emergencia crea las condiciones para que la soberanía se vuelva una condición insuperable a la cual las sociedades difícilmente puedan oponerse. Querríamos escuchar un comentario suyo. Además, ¿cuáles son en su opinión los márgenes de resistencia en la situación actual, y qué nuevo margen podría surgir?*

Pesimismo y optimismo son categorías psicológicas que nada tienen que ver con los análisis políticos

y quienes las usan sólo demuestran su incapacidad de pensar. Simone Weil, quien reflexionó ejemplarmente sobre el cambio de las categorías políticas en la Modernidad, en una serie de artículos de la década de 1930 había alertado contra aquellos que, ante el ascenso del fascismo en Europa, se enardecían con expectativas vacías y con palabras que habían perdido su significado. Creo que hoy debemos preguntarnos en serio si ciertas palabras que seguimos usando –como democracia, poder legislativo, elecciones, constitución– no han perdido hace ya tiempo su significado originario.

Sólo si somos capaces de mirar con lucidez las nuevas formas de despotismo que han venido reemplazando a aquellas palabras, lograremos eventualmente definir las nuevas formas de resistencia que podremos oponer.

5.

En los últimos años, la cuestión de los refugiados ha surgido como un problema fundamental que la humanidad ha debido afrontar. El desplazamiento de poblaciones en las condiciones actuales puede compararse históricamente, al menos en términos numéricos, con el sucedido tras las dos guerras mundiales. Tanto Grecia como Italia, debido a su situación geopolítica, están viviendo intensamente la cuestión de una violenta expatriación de numerosas poblaciones de Este a Oeste. En su texto titulado "Más allá de los derechos humanos",(6) usted indica que las declaraciones de derechos constituyen el lugar donde se produce la transición

refugiado con la del ciudadano como paradigma político fundador. Se trataba de poner en discusión el sentido de la declaración de los derechos de 1789 y de su nueva formulación en el siglo XX, con su equívoca distinción/identificación entre el hombre y el ciudadano. Y así como Arendt había escrito que los refugiados eran en realidad la vanguardia de sus respectivos pueblos, yo proponía sustituir al ciudadano por el refugiado como fundamento de un nuevo horizonte de la política, cuya urgencia era ya innegable. La noción de ciudadanía, que desde Atenas hasta la Modernidad estuvo en el centro de la vida política de la ciudad, en las últimas décadas se había ido vaciando progresivamente de todo su contenido político real. Bajo el influjo de la dimensión biopolítica y después con la instauración del paradigma de la seguridad, la ciudadanía expresaba una condición cada vez más pasiva, objeto de un control creciente y generalizado.

Con el nuevo paradigma de la bioseguridad que se está instaurando ante nuestros ojos, la noción de ciudadanía ya ha cambiado por completo y el ciudadano se ha convertido en el objeto pasivo de cuidados, controles y sospechas de todo tipo. La pandemia ha demostrado sin dejar lugar a dudas que el ciudadano se reduce a su existencia biológica desnuda. De este modo, se acerca a la figura del refugiado hasta casi confundirse con ella. El refugiado ya se ha vuelto interno al propio cuerpo del ciudadano. Se diseña así una nueva guerra civil, en la cual el enemigo es, como el virus, interno al

cuerpo propio. Y, como suele ocurrir cada vez que aquellos que combaten entre sí se vuelven demasiado similares, la guerra civil se hace aún más feroz y sin tregua posible.

6.

La situación extrema creada por la epidemia ha generado un clima de pánico. La respuesta proviene principalmente de los Estados nacionales, y no tanto de las organizaciones internacionales, muy confundidas respecto a lo que debe hacerse. La expansión de la globalización –pero también la incapacidad del soberano para legitimar las bases de su poder– sobre los individuos y en la sociedad parecía eliminar el rol de los Estados nacionales en la gestión política, erigiendo al mercado como único factor regulador. Hoy, ante la epidemia, el concepto de líder se ve reforzado y los gobernantes de los Estados se presentan como los salvadores de la sociedad: es eso lo que estamos viviendo en Grecia. ¿Cuál piensa que será la condición del Estado nación después de la pandemia?

Mis investigaciones arqueológicas sobre la historia de la política occidental me han mostrado que el sistema que esta instaura siempre es bipolar. En un libro justamente célebre, Karl Polanyi demostró que ya en la época de la primera revolución industrial la ideología de mercado, que parecía contraponerse al poder estatal, en realidad conformaba un sistema con este y sólo a través de esta colaboración secreta pudo llevar a

cabo su gran transformación de la sociedad occidental. En todas las épocas, el poder estatal siempre ha convivido con las nuevas fuerzas que se afirmaban en su seno o fuera de este, y ello vale tanto para la dualidad entre el poder temporal y el poder espiritual en la Edad Media cuanto para el antagonismo entre los movimientos obreros y la organización estatal en el siglo XX. Cuando hoy se habla de globalización y de grandes espacios y del consiguiente ocaso del Estado nación, no debe olvidarse que esta aparente antítesis desem-bocará en una transformación de los poderes estatales, pero no en su abolición. El sistema bipolar que define la política occidental continuará funcionando bajo nuevas formas. La pandemia ha mostrado claramente que una estrategia ciertamente global como la que prevén la Organización Mundial de la Salud y Bill Gates, de quien la OMS de hecho emana, no puede realizarse sin la decisiva intervención de los Estados nación, los únicos que pueden tomar, como lo han hecho, las medidas coercitivas que dicha estrategia necesita. La epidemia –que remite siempre a un cierto *demos*– se inscribe así en una pan-demia, donde el *demos* ya no es un cuerpo político determinado, sino una población biopolítica.

7.

Hemos leído recientemente en la prensa alemana artículos que planteaban la siguiente cuestión: ¿qué forma de gobierno ha encarado de una mejor manera la crisis pandémica, la democracia o el despotismo? La pregunta

aristotélica por el Estado óptimo, que había sido sometida por mucho tiempo a la supremacía triunfante de la democracia liberal, está retornando prudentemente. El rechazo del statu quo *liberal y globalizado, ¿estará obligado a atravesar las redes autoritarias y centralizadas, o existe una perspectiva de recrear una política democrática más allá del Estado y del mercado?*

El hecho de que con respecto a la epidemia un Estado totalitario pueda mencionarse como modelo muestra hasta qué punto de irresponsabilidad política es posible llegar. El error aquí no consiste en plantear la pregunta por la eventual inadecuación del sistema democrático. Ya Heidegger en un contexto diferente se había preguntado no sin razón si la democracia era la forma política adecuada frente a la penetración total de la tecnología. Lo deformante consiste en presentar la alternativa entre democracias y despotismo. Es necesario pensar otra figura de la política, que escape a la eterna oscilación, a la que asistimos hace décadas, entre una democracia que degenera en despotismo y un totalitarismo que adopta formas aparentemente democráticas. Desde Tocqueville sabemos que la democracia tiende a degenerar en despotismo, y para un observador atento es difícil decidir si hoy en Europa vivimos en una democracia que adopta formas cada vez más despóticas de control o en un Estado totalitario oculto tras una máscara democrática. La política por venir deberá configurarse más allá de ambos.

8.

En sus más recientes declaraciones, usted ha criticado la administración estatal por su gestión de la pandemia, y en especial por la imposición de medidas de prohibición y de suspensión de muchas actividades sociales. Sin embargo, estas medidas han sido acogidas con evidente cautela, cuando no con hostilidad, incluso por un importante número de funcionarios gubernamentales. Los ejemplos característicos son Donald Trump, Jair Bolsonaro, Boris Johnson, dictadores como Aleksandr Lukashenko y obviamente muchos actores del mercado internacional. ¿Cómo valora esta aversión hacia las medidas prohibitivas expresada por algunos sectores de la elite internacional?

También en este caso puede apreciarse el grado de confusión al cual la situación de emergencia ha arrojado las mentes de quienes deberían permanecer lúcidos, así como hasta qué punto la oposición entre derecha e izquierda se ha vaciado de todo contenido político real. Una verdad sigue siendo tal, tanto si es dicha por la izquierda como si es enunciada por la derecha. Si un fascista dice que 2 + 2 = 4, esta no es una objeción a la matemática. Así, hace poco en Alemania un movimiento de extrema izquierda, que lleva el llamativo nombre de Demokratischer Widerstand, "Resistencia Democrática", y que justamente protestaba contra las violaciones a las libertades constitucionales, fue violentamente atacado por los medios porque compartía estas protestas con la extrema derecha. Uno de los órganos

del sistema dominante, *Der Spiegel*, me entrevistó para conocer mi opinión al respecto, dado que ese movimiento se refería explícitamente a mí. Cuando declaré que yo no tenía nada que ver con el grupo, pero que consideraba que este tenía todo el derecho de expresar su opinión y que el hecho de que la extrema derecha tuviera reivindicaciones similares no afectaba en absoluto la validez de los otros, el periodista de *Der Spiegel*, según la mala costumbre que distingue a esa revista, simplemente cortó mi respuesta, y sólo publicó la primera mitad.

Resulta necesario en casos como estos estudiar las razones que han obligado a los líderes políticos que usted ha mencionado a sostener una determinada opinión por encima de otra y analizar las estrategias en las que una opinión en sí correcta es utilizada, en vez de cuestionar la verdad de esa opinión.

---

6 Este trabajo puede consultarse en el libro del autor *Medios sin fin. Notas sobre la política* (trad. de Rodrigo Molina-Zavalía), Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora, 2017, pp. 23-35, con el título "Más allá de los derechos del hombre". En italiano se publicó en libro en 1996, y había sido publicado originalmente en 1993 en francés como "Au-delà des droits de l'homme" en el diario *Libération* [N. de los T.].

15. Réquiem por los estudiantes

24 DE MAYO DE 2020

Como habíamos previsto, las clases en las universidades a partir del año próximo se dictarán *online*. Lo que para un observador atento era evidente –o sea que la así llamada pandemia se usaría como pretexto para difundir de manera cada vez más invasiva las tecnologías digitales– se ha realizado plenamente.

Aquí no nos ocupa la consiguiente transformación de la didáctica, en la cual el elemento de la presencia física, tan importante en todas las épocas en la relación entre estudiantes y docentes, desaparece de forma definitiva, como también desaparecen las discusiones colectivas en los seminarios, que eran la parte más animada de la enseñanza. Forma parte de la barbarie tecnológica que estamos viviendo borrar de la vida toda experiencia de los sentidos y la pérdida de la mirada, apresada por un tiempo prolongado en una pantalla espectral.

En lo que está sucediendo hay algo mucho más decisivo, de lo cual llamativamente no se habla en absoluto: el fin del estudiantado como forma de vida. Las universidades nacieron en Europa a partir de las asociaciones de estudiantes –*universitates*– y a ellas deben su nombre. La forma de vida del estudiante era ante todo una forma de vida donde lo determinante era sin duda estudiar y asistir a las clases, pero no menos

importantes eran el encuentro y el intercambio asiduo con los otros *scholarii*, que muchas veces provenían de los lugares más remotos y se reunían, en razón de su origen, en *nationes*. Esta forma de vida ha evolucionado de distintas maneras a lo largo de los siglos, pero –desde los *clerici vagantes* de la Edad Media hasta los movimientos estudiantiles del siglo XX– la dimensión social del fenómeno ha sido constante. Cualquiera que haya enseñado en un aula universitaria sabe muy bien que ante sus ojos, por así decirlo, nacían amistades y se constituían, según los intereses culturales y políticos, pequeños grupos de estudio y de investigación, que continuaban reuniéndose una vez terminada la lección.

Todo esto, que había durado por casi diez siglos, ahora concluye para siempre. Los estudiantes ya no vivirán en la ciudad sede de la universidad, sino que cada uno escuchará las clases encerrado en su habitación, en ocasiones a una distancia de cientos de kilómetros de quienes, en otro tiempo, eran sus compañeros. Las pequeñas ciudades universitarias que alguna vez gozaron de prestigio verán desaparecer de sus calles esas comunidades de estudiantes que muchas veces eran su porción más vital.

De todo fenómeno social que muere puede afirmarse que en cierto sentido su fin era merecido y es cierto que nuestras universidades habían llegado a un punto tal de corrupción y de ignorancia de sus especialidades que no es posible lamentarse por ellas y que, por consiguiente, la forma de vida de los estudiantes se

había empobrecido en igual medida. No obstante, hay dos puntos que deben resistir:

1) Los profesores que aceptan –como lo están haciendo en masa– someterse a la nueva dictadura telemática y a impartir sus clases sólo *online* son el perfecto equivalente de aquellos docentes universitarios que en 1931 juraron fidelidad al régimen fascista. Al igual que entonces, es probable que ahora sólo quince de cada mil se nieguen, pero sin duda sus nombres serán recordados junto a los de aquellos quince docentes que no juraron.

2) Los estudiantes que aman de veras el estudio deberán negarse a matricularse en las universidades que se han convertido a esta modalidad y, como en los orígenes, constituirse en nuevas *universitates*, en cuyo seno será donde únicamente, frente a la barbarie tecnológica, podrá sobrevivir la palabra del pasado y surgir –si llegara a suceder– algo así como una nueva cultura.

16. Dos vocablos infames

INÉDITO

En las polémicas durante la emergencia sanitaria han aparecido dos vocablos infames, que con toda evidencia tenían el único propósito de desacreditar a aquellos que ante el miedo que había paralizado las mentes, todavía se obstinaban en pensar: "negacionista" y "conspiracionismo".(7) No merece la pena dedicarle demasiadas palabras al primero, desde el momento en que, al poner irresponsablemente en un mismo plano el exterminio de los judíos y la epidemia, quien emplea este término muestra que participa de forma consciente o inconsciente de ese antisemitismo, aún tan extendido tanto en la derecha como en la izquierda de nuestra cultura. Como sugieren amigos judíos, quienes con toda razón se sienten ofendidos, sería oportuno que la comunidad judía se pronunciase acerca de este indigno abuso terminológico.

Vale la pena detenerse, en cambio, en el segundo término, que testimonia una ignorancia de veras sorprendente sobre la historia. Quien tiene familiaridad con las investigaciones de los historiadores sabe bien que las experiencias que ellos reconstruyen y narran son necesariamente el fruto de planes y acciones muy a menudo concertados por individuos, grupos y facciones que persiguen sus objetivos por cualquier medio.

Entre miles de ejemplos posibles, aquí presentaré

encontrado en secreto con el rey Víctor Manuel III) para intentar establecer posibles alianzas y considerar las eventuales reacciones. En una suerte de ensayo general, el 2 de agosto, los fascistas ocuparon militarmente Ancona.

En los tres acontecimientos, individuos reunidos en grupos o partidos actuaron con decisión para llevar a cabo los fines que se proponían, enfrentándose en cada ocasión con circunstancias más o menos previsibles y adaptando a estas la propia estrategia. Sin duda, como en cada experiencia humana, el azar juega su parte, pero explicar con el azar la historia de los seres humanos no tiene sentido alguno y ningún historiador serio lo ha hecho jamás. Por esto no hay necesidad de hablar de una "conspiración", pero es verdad que quien definiera como conspiracionistas a los historiadores que han intentado reconstruir en detalle sus tramas y su desarrollo demostraría su ignorancia, si no su idiotez.

Por este motivo es mucho más increíble la obstinación en hacerlo en un país como Italia, cuya historia reciente es hasta tal punto el fruto de intrigas y de sociedades secretas, maniobras y conjuras de todo tipo, que los historiadores no logran desentrañar muchos de los acontecimientos decisivos de los últimos cincuenta años, desde las bombas en la Plaza Fontana hasta el asesinato de Aldo Moro. Esto es tan cierto que el propio presidente de la República, Francesco Cossiga, en su momento declaró que formaba parte activamente de una de estas sociedades secretas, conocida con el

intentan conocer las experiencias históricas tal cual son es simplemente infame.

---

7. *Complottismo* en italiano. Se ha preferido emplear el neologismo "conspiracionismo" (aún no recogido en los diccionarios) en vez de inventar otro neologismo a partir de "complot" dado que del primero ya se constata algún uso [N. de los T.].

17. El derecho y la vida

INÉDITO

La situación actual, en la cual se ha puesto en juego la salud humana en el derecho y en la política, brinda la ocasión de reflexionar sobre las correctas relaciones que el derecho y la vida deben mantener. Un gran historiador del derecho romano, Yan Thomas, mostró que en la jurisprudencia romana la naturaleza y la vida natural de los seres humanos nunca entran como tales en el derecho, sino que quedan separadas de este y funcionan como un presupuesto ficticio para una determinada situación jurídica. Así, el principio natural según el cual todo es común a todos sólo vale como una limitación que excluye de la esfera de la propiedad jurídica el aire, el mar y los ríos, pero la cosa común a todos se vuelve inmediatamente una *res nullius*, que funda la propiedad de la primera persona que tome posesión de ella. Análogamente, la ciudadanía es un dato jurídico imprescriptible e indisponible, que, a diferencia del *domicilium*, dependiente de la residencia física en un determinado sitio, se adquiere a través de la *origo*, la cual no es, sin embargo, el hecho natural del nacimiento, sino una construcción jurídica vinculada al lugar de nacimiento del padre.

Los juristas del siglo XIX transformaron este artificio jurídico en el *ius sanguinis*, por el cual, según escribe Yan Thomas, "una mística de la sangre que

conduce a la ideología biológica hoy dominante se superpone a aquella que era sólo una construcción genealógica ficticia". Lo que sucedió a partir de las primeras décadas del siglo XX fue que el derecho tendió gradualmente a incluir en sí la vida, a hacer de ella su objeto específico, al cual proteger o excluir conforme fuera el caso. Esta asunción que el derecho hace de la vida al tomarla bajo su cargo tiene, como podría creerse, no sólo aspectos positivos sino que también abre el camino a los riesgos más extremos. Como demuestran eficazmente los estudios de Michel Foucault, la biopolítica tiende fatalmente a convertirse en tanatopolítica. Cuanto más comienza el derecho a ocuparse explícitamente de la vida biológica de los ciudadanos como de un bien que hay que cuidar y promover, tanto más este interés arroja inmediatamente su sombra sobre la idea de una vida que, como reza el título de una obra celebérrima publicada en Alemania en 1920, "no merece vivirse [*lebensunwertes Leben*]".

Cada vez que se determina un valor, necesariamente también se plantea un no-valor, y la otra cara de la protección de la salud es la exclusión y la eliminación de todo lo que puede conducir a la enfermedad. En efecto, el hecho de que el primer ejemplo de una legislación donde un Estado asume programáticamente el cuidado de la salud de los ciudadanos haya sido la eugenesia nazi debería hacernos reflexionar. Tras su ascenso al poder, en julio de 1933, Hitler hizo dictar de inmediato una ley para proteger al pueblo alemán de las

enfermedades hereditarias, la cual condujo a la creación de cortes especiales para la salud hereditaria [*Erbgesundheitsgerichte*], que decidieron la esterilización forzada de cuatrocientas mil personas. Es menos conocido que, mucho antes del nazismo, en los Estados Unidos había sido programada una política eugenésica, con fuerte financiamiento del Carnegie Institute y de la Rockefeller Foundation, en especial para ser aplicada en California, y que ese fue el modelo tomado explícitamente por Hitler. Si la salud se vuelve objeto de una política estatal convertida en biopolítica, entonces deja de ser algo relacionado ante todo con la libre decisión de cada individuo y pasa a ser una obligación que debe cumplirse a cualquier precio, no importa cuán alto sea este.

Así como Yan Thomas demostró en relación con la historia del derecho que el derecho y la vida no deben confundirse, también es bueno que el derecho y la medicina permanezcan separados. La medicina tiene como tarea curar las enfermedades según los principios que ha seguido desde hace siglos y que el juramento hipocrático establece irrevocablemente. Si, mediante un pacto necesariamente ambiguo e indeterminado con los gobiernos, se sitúa en cambio como legisladora, entonces esto no sólo no conduce, como se ha visto en Italia con la pandemia, a resultados positivos en el plano de la salud, sino que puede conducir a limitaciones inaceptables de las libertades individuales, respecto de las cuales las razones médicas pueden ofrecer, como debería

18. ¿Qué es el miedo?

INÉDITO

¿Qué es el miedo, en el cual hoy los seres humanos parecen haber caído hasta tal punto que los hace olvidarse de sus propias convicciones éticas, políticas y religiosas? Sin duda, algo familiar y, sin embargo, si intentamos definirlo, parece escapar obstinadamente a la comprensión.

En el § 30 de *Ser y tiempo*, Heidegger trató de modo ejemplar el miedo como tonalidad emotiva. El miedo sólo puede comprenderse si no se olvida que el ser-ahí (es este el término que designa la estructura existencial del ser humano) siempre está ya dispuesto en una tonalidad emotiva, que constituye su originaria apertura al mundo. Precisamente porque en la situación emotiva lo que se halla en cuestión es el descubrimiento originario del mundo, la conciencia siempre está ya anticipada por ella, y por tanto no puede disponer de ella ni creer que puede dominarla a su antojo. En efecto, la tonalidad emotiva en modo alguno ha de ser confundida con un estado psicológico, sino que tiene el significado ontológico de una apertura que siempre ya ha abierto al ser humano a su ser en el mundo y a partir de la cual sólo son posibles experiencias, afecciones y conocimientos. "La reflexión puede encontrar experiencias sólo porque la tonalidad emotiva ya ha abierto el ser-ahí". La tonalidad emotiva nos asalta, pero "no proviene

de afuera ni de adentro: surge en el ser-en-el-mundo mismo como una de sus modalidades". Por otra parte, esta apertura no implica que eso a lo cual ella abre sea reconocido como tal. Al contrario, manifiesta una facticidad desnuda: "el puro 'que es' se manifiesta, el desde dónde y el en dónde permanecen ocultos" (§ 29). Por esto Heidegger puede decir que la situación emotiva abre al ser-ahí en su "ser-arrojado" y "entregado" a su mismo "ahí". La apertura que se da en la tonalidad emotiva tiene, entonces, la forma de un ser remitido a algo que no puede ser asumido y de lo cual se busca –sin éxito– escapar.

Esto se vuelve evidente en el descontento, en el aburrimiento o en la depresión, que, como toda tonalidad emotiva, abren el ser-ahí "más originariamente que cualquier percepción de sí", pero también lo cierran "más rotundamente que cualquier no-percepción". Así, en la depresión "el ser-ahí se vuelve ciego respecto de sí mismo; el mundo ambiente del cual se cuida resulta velado, la previsión ambiental se ensombrece"; y, no obstante, también aquí el ser-ahí se entrega a una apertura de la cual no puede liberarse de ningún modo.

El tratamiento del miedo debe situarse en el marco de esta ontología de las tonalidades emotivas. Heidegger comienza examinando tres aspectos del fenómeno: el "ante qué" [*Wovor*] del miedo, el "tener miedo" [*Fürchten*] y el "por lo que" [*Worum*] del miedo.

El "ante qué", el objeto del miedo, siempre es un ente intramundano. Lo que aterroriza siempre es

–cualquiera que sea su naturaleza– algo que se da en el mundo y que, como tal, tiene el carácter de amenaza y el carácter de daño. Ese algo es más o menos conocido, "pero no por esto es tranquilizador", y sin importar la distancia desde la cual proviene, se sitúa en una proximidad dada. "El ente dañoso y amenazante no se encuentra todavía a una distancia controlable, pero se acerca. A medida que se acerca, el carácter de daño se intensifica y produce así la amenaza [...] en cuanto se acerca, lo dañoso se vuelve amenazante, podemos ser golpeados por él o no. Al volverse más próximo aumenta este 'es posible pero tal vez no' [...] la aproximación de eso que es nocivo nos hace descubrir la posibilidad de ser perdonados, de su ir más allá, pero esto no suprime ni disminuye el miedo, más bien lo incrementa" (pp. 140-141). (Este aspecto, por así decirlo, de "cierta incertidumbre" que caracteriza al miedo también es evidente en la definición que de él da Spinoza: una "tristeza inconstante", en la cual "se duda de que suceda algo odiado").

En cuanto al segundo aspecto del miedo –el temer (el propio tener miedo)–, Heidegger precisa que un mal futuro no se prevé primero racionalmente y luego, en un segundo momento, se lo teme: desde el inicio, más bien, se descubre que la cosa que se aproxima es temible. "Sólo teniendo miedo, el miedo puede, al observar expresamente, darse cuenta de eso que da miedo. Constatar eso que da miedo, por ya hallarse en la situación emotiva del miedo. El temer, en cuanto posibilidad latente del ser-en-el-mundo emotivamente dispuesto, la

temibilidad, ya ha descubierto el mundo de tal modo que desde este puede acercarse algo que da miedo" (p. 141). La temibilidad, como apertura originaria del ser-ahí, siempre precede a cualquier miedo determinable.

En cuanto, por último, al "por lo que", al "por quién y por qué cosa", el miedo tiene miedo, siempre se trata del ente mismo que tiene miedo, el ser-ahí, este ser humano determinado. "Sólo un ser para el cual en su existir le va su propio existir puede aterrorizarse. El miedo abre este ente a su ser en peligro, a su ser abandonado a sí mismo" (ibíd.). El hecho de que en ocasiones se sienta miedo por la propia casa, por los propios bienes o por los demás no constituye una objeción en contra de este diagnóstico: puede decirse "tener miedo" por otro, sin por esto de veras aterrorizarse y, si efectivamente se siente miedo, es por nosotros mismos, en cuanto tememos que el otro nos sea arrancado.

El miedo es, en este sentido, un modo fundamental de la disposición emotiva, que abre al ser humano en su ya ser siempre expuesto y amenazado. Naturalmente esta amenaza se da en diferentes grados y medidas: si algo amenazante, que se encuentra ante nosotros con su "todavía no, pero sin embargo en cualquier momento" se sume de improviso sobre este ser, el miedo se convierte en espanto [*Erschrecken*]; si lo amenazante no es ya conocido, pero posee la característica de la extrañeza más profunda, el miedo se vuelve horror [*Grauen*]. Si lo amenazante une en sí ambos aspectos, entonces el miedo se vuelve terror [*Entsetzen*]. En

miedo como una angustia disminuida y decaída en un objeto, de la misma manera la angustia puede legítimamente definirse como un miedo privado de su objeto. Si al miedo se le quita su objeto, se transforma en angustia. En este sentido, el miedo sería la tonalidad emotiva fundamental, en que el ser humano ya corre siempre el riesgo de caer. De aquí su esencial significado político, que lo constituye como aquello en lo que el poder, al menos a partir de Hobbes, ha buscado su fundamento y su justificación.

Intentemos desarrollar y continuar el análisis de Heidegger. En el punto de vista que aquí nos interesa, es significativo que el miedo se refiera siempre a una "cosa", a un ente intramundano (en el caso actual, al más pequeño de los entes, un virus). Intramundano significa que ese ente ha perdido toda relación con la apertura del mundo y existe fáctica e inexorablemente, sin ninguna trascendencia posible. Si la estructura del ser-en-el-mundo implica para Heidegger una trascendencia y una apertura, es justamente esta misma trascendencia lo que entrega al ser-ahí a la esfera de la coseidad. Ser-en-el-mundo significa, en efecto, ser cooriginariamente remitido a las cosas que la apertura del mundo revela y hace aparecer. Mientras que el animal, privado de mundo, no puede percibir un objeto como objeto, el ser humano, en cuanto se abre a un mundo, puede ser asignado sin escapatoria a una cosa en cuanto cosa.

Se desprende de aquí la posibilidad originaria del

miedo: este es la tonalidad emotiva que se abre cuando el ser humano, al perder el nexo entre el mundo y las cosas, se halla irremisiblemente entregado a los entes intramundanos y no puede desentrañar su relación con una "cosa", que ahora se vuelve amenazante. Una vez perdida su conexión con el mundo, la "cosa" es en sí misma aterradora. El miedo es la dimensión en la cual cae la humanidad cuando se encuentra entregada, como sucede en la modernidad, a una coseidad sin escapatoria. El ser aterrador, la "cosa" que en las películas de terror asalta y amenaza a las personas, no es en este sentido más que una encarnación de esta ineludible coseidad.

También de aquí se desprende la sensación de impotencia que define al miedo. Quien siente miedo busca protegerse de cualquier modo y con toda su perspicacia de la cosa que lo amenaza –por ejemplo, llevando una mascarilla o encerrándose en su casa–, pero esto no lo tranquiliza en absoluto, antes bien hace todavía más evidente y constante su impotencia para enfrentar la "cosa". En este sentido, el miedo puede definirse como lo inverso a la voluntad de poder: el carácter esencial del miedo es una voluntad de impotencia, el querer-ser-impotente ante la cosa que da miedo. De igual forma, para tranquilizarse se puede confiar en alguien a quien se le reconoce alguna autoridad en la materia de que se trate –por ejemplo, a un médico o a los funcionarios de la protección civil–, pero esto de ningún modo borra la sensación de inseguridad que acompaña al

miedo, que es constitutivamente una voluntad de inseguridad, un querer-ser-inseguro. Esto es tan cierto que los propios sujetos que deberían llevar tranquilidad a los demás mantienen en cambio la inseguridad y no se cansan de recordar, en beneficio de los miedosos, que lo que da miedo no puede vencerse y eliminarse de una vez y para siempre.

¿Cómo resolver esta tonalidad emotiva fundamental, en la cual el ser humano siempre parece estar constitutivamente en plena caída? Desde el momento en que el miedo precede y anticipa el conocimiento y la reflexión, es inútil tratar de convencer al miedoso con argumentos racionales: el miedo es ante todo la imposibilidad de acceder a un razonamiento que no esté sugerido por el miedo mismo. Como escribe Heidegger, el miedo "paraliza y hace perder la cabeza" (p. 141). Así, ante la epidemia se ha visto que la publicación de datos y opiniones ciertas provenientes de fuentes autorizadas ha sido sistemáticamente ignorada y dejada de lado en nombre de otros datos y opiniones que ni siquiera demuestran ser científicamente fiables.

Dado el carácter originario del miedo, la tonalidad emotiva fundamental podría resolverse sólo si fuese posible acceder a una dimensión igualmente originaria. Esa dimensión existe y es la propia apertura al mundo, la única en la cual las cosas pueden aparecer y amenazarnos. Las cosas se convierten en aterradoras porque olvidamos su pertenencia recíproca al mundo que las

trasciende y, a la vez, las vuelve presentes. La única posibilidad de separar la "cosa" del miedo del cual parece ser inseparable es recordar la apertura en la cual el miedo ya está siempre expuesto y revelado. No el razonamiento sino la memoria –acordarse de sí y de nuestro ser en el mundo– puede restituirnos el acceso a una coseidad libre del miedo. La "cosa" que me aterra, porque es invisible a la mirada, es, como todos los demás entes intramundanos –como este árbol, este torrente, este hombre–, abierta en su pura existencia. Sólo porque soy en el mundo, las cosas pueden aparecérseme y, eventualmente, producirme miedo. Ellas forman parte de mi ser en el mundo, y esto –y no una coseidad abstractamente separada y erigida indebidamente en soberana– dicta las reglas éticas y políticas de mi comportamiento. Sin duda, el árbol puede partirse y caer a mi lado, el torrente desbordarse e inundar la aldea y este hombre puede golpearme de repente: si esta posibilidad se vuelve de improviso real, un justo temor sugiere las oportunas cautelas sin caer en el pánico y sin perder la cabeza, dejando que otro base su poder en mi miedo y, transformando la emergencia en una norma estable, decida a su arbitrio lo que puedo o no puedo hacer y borre las reglas que garantizaban mi libertad.

"*Argumentum et silentio*. Habla tú ahora más fuerte, palabra silenciosa."